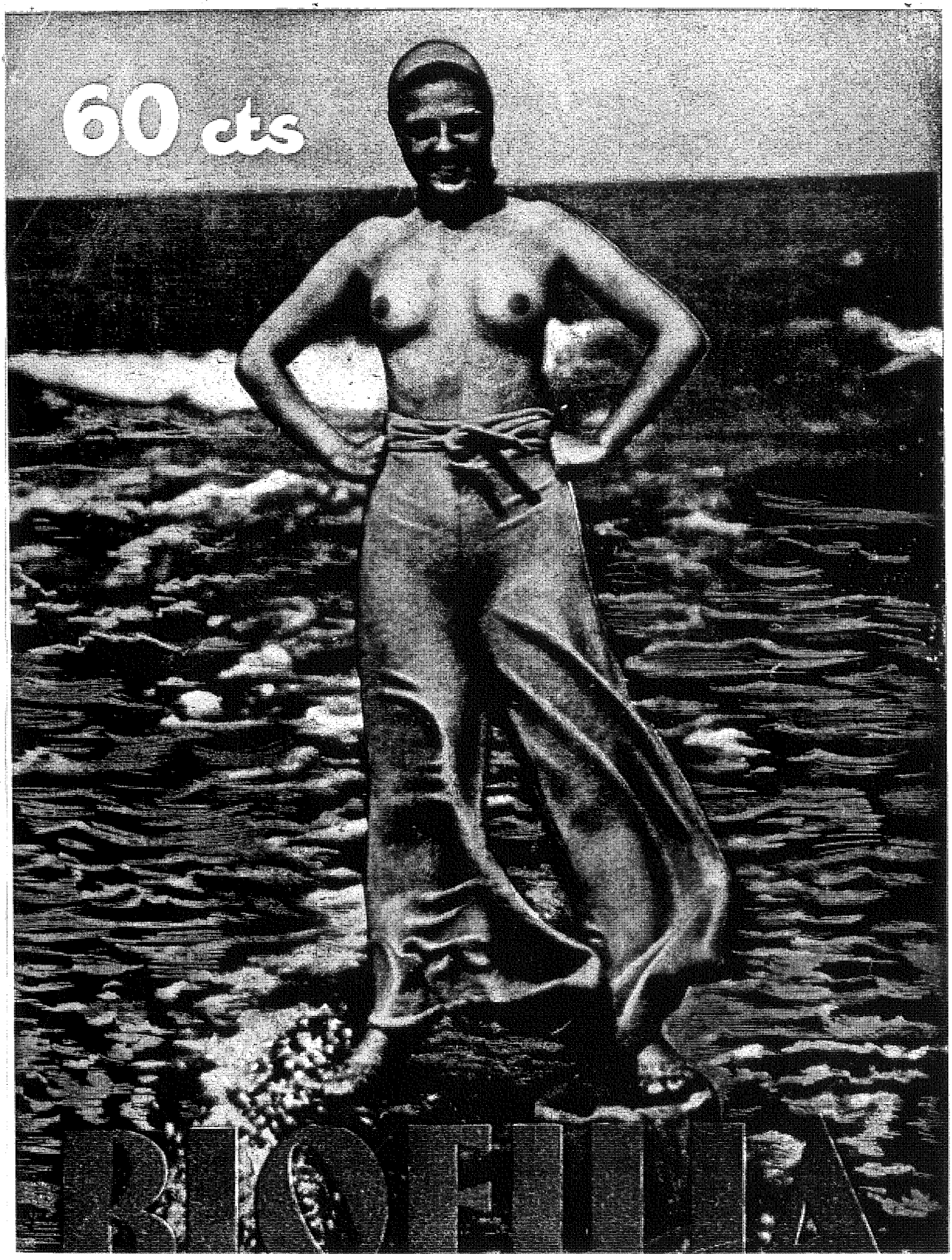

60 cts

BIOFILIA

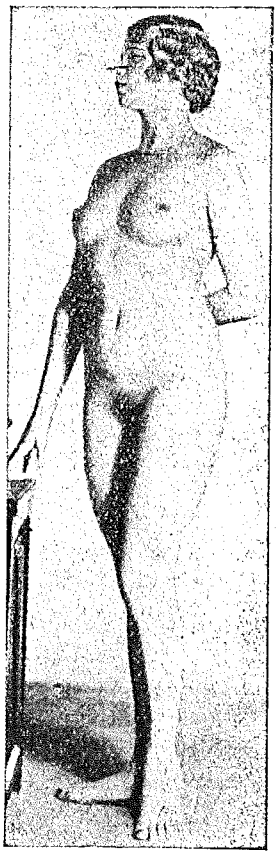
REVISTA MENSUAL DE CULTO A LA VIDA

DIRECCIÓN: LAURA BRUNET

AÑO II **MAYO DE 1936** **NÚM. 6**

P A N O R A M A

Diálogo de la felicidad



—Y no lo olvides, amigo, la felicidad debe el hombre comprarla a cualquier precio.

—¿A toda costa?

—Al precio que sea.

—¿Atropellándolo todo?

—No atropellando nada. Dejando al margen cuanto le estorbe. Es más cómodo.

—Pero se interpone una duda.

—Habla.

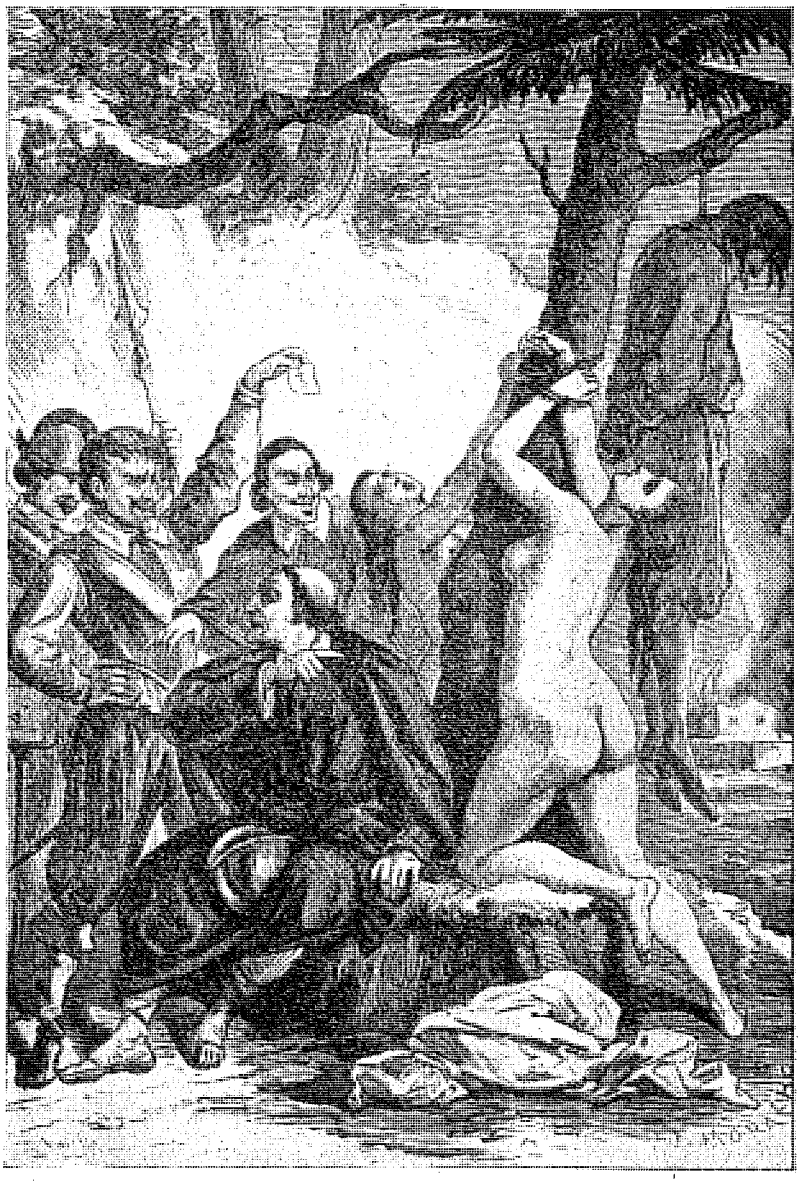
—¿Dónde está la felicidad? ¿Qué es? ¿En qué consiste?

—Cuando un hombre pregunta esto, es que renuncia de antemano a ser feliz. La felicidad está en todo lo que nos rodea. Lo he dicho ya y lo repito ahora: la felicidad es atómica. Está en el minuto que vamos a vivir—fíjate bien que esto es muy importante: en el minuto que vamos a vivir;— está en el ambiente que nos aprisiona y del cual debemos manumitirnos; está en la ética, que no es persuasión, sino coacción; está en la religión, que no es goce del alma sino zurriago del cuerpo; está en las concepciones patrias, que no son amor a la tierra, sino argolla que nos sujeta a ella; está en la familia, que no es crisol de amores libérrimos, sino cepo de martirios y dolores; está en las concepciones sexuales a las que se ha dado una interpretación absurda en pugna con los apremios fisiológicos; está en la silla en que vas a sentarte, en la cama que ha de proporcionarte descanso, en el plato humeante cuyo contenido será sangre en tus venas y luz en tu cerebro, en el paisaje que deleita tus ojos, en la fronda cuyos murmullos adormecen tus oídos, en la brava rotundidad de unos muslos femeninos que levantan en vilo tus impulsos genésicos, en las tiernas estrofas de un poema que hacen latir tu corazón, y, en fin, en cuanto proporcione goce, bienestar y satisfación a tus sentidos, ¡A tus cinco sentidos; no lo olvides!

Las dragonadas de Cevennes

CORRIA el segundo decenio del que en la historia había de quedar como glorioso siglo XVIII francés.

El rey sol, aquella mala bestia que iba sofaldando todas las mujeres de Francia y sembrando de bastardos cuantas comarcas pisaba, se divertía en Versalles entre sedas y perfumes y la Maintenon, ya en la senectud, tenía entre sus muslos los destinos del país. Cerca de diez años llevaba el país metido en guerra con media Europa. El hambre era dueña y señora de Francia. Los campos aparecían desolados y yermos por falta de brazos que los cultivaran. Familias enteras, hombres, mujeres y niños, hambrientos, descarnados, erraban silenciosos por las tierras francesas y hurgaban con las manos ensangrentadas en busca de raíces con que alimentarse. Desesperado el pueblo, plantó cara al monarca en demanda de que se apiadara del Estado y acabara de una vez con las orgías de Versalles y las guerras que se llevaban la flor de la juventud y el ensoberbecido Luis XIV tuvo una respuesta olímpica para el pueblo: "¡El Estado soy Yo!" Pero mientras pronunciaba esta frase estúpida, crisol de todas las petulancias y desafiaba al pueblo con su orgullo, su rodilla se doblaba ante Holanda y sus labios imploraban el cese de hostilidades.



Una escena de las "dragonadas"

A la corte le faltaba dinero. Las guerras y las queridas reales se lo habían llevado todo. Los jesuítas tuvieron una idea y la expusieron al rey: quedarse con la décima parte de la poca riqueza que aún quedaba en manos del pueblo. Así se hizo y las guerras y las orgías pudieron continuar.

La organización protestante hizo ver a Luis XIV el camino desastroso que se había emprendido y aconsejó se adoptara una política más humana, más comprensiva, más liberal en todos los órdenes. Condenó el lujo de Versalles, que irritaba al pueblo y diputó de funesta la intromisión de prostitutas y jesuítas en la gobernación del Estado.

Tan honestas y nobles advertencias irritaron al ensoberbecido monarca y dieron pie a que se decretara la persecución y exterminio de los protestantes. Los jesuítas fueron los encargados de llevar a la práctica tan terrible misión.

He aquí cómo la realizaron, según la historia de Maurice de la Chatre:

"Se organizaron horribles cohortes de dragones (de ahí el nombre de "dragonadas"), de

sacerdotes, de frailes, de monjas, de obispos al mando de los negros discípulos de Ignacio de Loyola y se desencadenaron sobre todas las ciudades y pueblos en que moraban calvinistas o liberales.

"¿Quién podría describir las atrocidades que se cometieron por los secuaces de aquellas falanges de fanáticos? ¿Quién podría contar el número de ciudades saqueadas, de villas incendiadas, de granjas destruídas, de hombres mutilados en sus partes genésicas, torturados o quemados vivos? ¿Quién podría contar las execrables hazañas de los soldados, de los sacerdotes, de los frailes, de los negros jesuítas y aun de las ventrudas monjas, compitiendo en barbarie y disputándose el botín en la más desenfrenada lujuria? ¿Quién, Dios mío, se atreverá a transmitir a la posteridad los detalles de las violaciones ejecutadas en las doncellas y en los niños en presencia de sus padres, atados o mutilados? ¿Quién es capaz de relatar las abominaciones realizadas por aquellos salvajes en las casadas, mientras sus maridos eran entregados a hordas de negros que los bestializaban contra toda naturaleza? ¿Quién, qué pluma, qué inteligencia podría dar siquiera idea de aquellas impías, inhumanas, vituperables salvajadas que fueron llamadas las "Dragonadas de Cevennes" porque en Cevennes no quedó hombre, ni mujer, ni hogar que no fueran profanados?

"En todas partes los desgraciados protestantes eran perseguidos como bestias feroces; reunidos en triste mezcolanza, hombres, mujeres, niños y ancianos eran acorralados por los infames soldados del gran rey, más infame que ellos todavía. Los jesuítas, con la cruz en alto, les exhortaban a convertirse y les daban a elegir entre la abjuración y la muerte; después los separaban en dos grupos; colocaban a un lado los que reconocían su supuesto error y a otro los que permanecían adictos y abnegados a su fe.

"Ya separados, los dragones iniciaban su "dragonada" y se precipitaban como fieras sobre los infortunados que habían preferido la muerte a la humillación. Abrían sus cuerpos a sablazos, los pisoteaban con los cascos de sus caballos y no cesaban hasta no dejar uno con vida. Después bajaban de sus corceles e iniciaban su labor con los que habían alcanzado la gracia de la vida. Las mujeres y las doncellas eran horriblemente estuprados entre gritos frenéticos y vasos de vino. Los frailes y los sacerdotes, borrachos y con los ojos inyectados en sangre, gozaban degradando a los hombres mientras las monjas barriguedas les cortaban los atributos. Los jesuítas, más delicados, más sibaritas, levantaban sus negras sotanas y dedicaban a los niños toda su atención, todos sus entusiasmos.

"Para escapar de las iras de los dragones de Luis XIV, de las cogullas pardas y de las sotanas negras, los protestantes huyeron a los montes del Delfinado, del Vivarais y de Cevennes y buscaron en las grietas de las rocas un refugio desesperado. Vana esperanza. Allí se les persiguió, se les acorraló y se les pasó a corte de espada.

"Pero, a su vez, los protestantes se defendían y en cuanto se les presentaba ocasión, arremetían contra frailes, monjas y jesuítas y los pasaban a cuchillo.

"Cansado el gran rey de aquellas luchas, dió el mando de los dragones a Villars, con orden de no dejar un hereje con cabeza. El general se dirigió con sus tropas hacia el Mediodía y se deshonró, tomando personalmente parte en los lujuriosos botines de guerra. Persiguió a los protestantes,—llamados entonces "Encamisados", por la prenda de vestir que los distinguía,—les tendió lazos, recurrió a todos los medios para cazarles y aun llegó a publicar un bando concediendo la amnistía a cuantos se presentaran. Los reunió a todos en una llanura cercada por sus dragones so pretexto de protegerles de las iras de los jesuítas y de los frailes y cuando hubo concentrado un par de millares de ellos, entró de noche con sus dragones en el campamento, y en una espantosa mezcolanza, se entregaron todos a los más abominables excesos de la lujuria. Cuando salió el sol, no quedaba un protestante con vida".

Nada queremos añadir a la patética descripción de Maurice de la Chatre, historiador ponderado y digno de todo respeto. La relación de las "dragonadas de Cevennes" da idea de los procedimientos que usa la iglesia cuando cuenta con el poder, y de la tolerancia de los ensotanados de Loyola en sus momentos de hegemonía sobre el pueblo.

LA NOVELA BIOFILA

Publica en su último número una emocionante novela sobre el aborto, original de

GARCIA PRADAS

titulada:

TRIBUTO DE SANGRE

PRECIO: 50 CENTIMOS



La familia, el hogar y el patrimonio en su génesis

Lo que podría ser un Estado biófilo

(Véanse los números 4 y 5 de BIOFILIA)

JUVENTUD

ES el período glorioso de la vida del hombre. Va de los veinte a los treinta años y en él se entra de pleno en el complejo de todas las luchas, de todos los anhelos y en la euforia de todas las manifestaciones humanas. La juventud es casi siempre generosa. Es también apasionada. Esta generosidad y este apasionamiento, son los elementos sobre los cuales habrá de laborar la comunidad biófila para obtener de cada hombre lo mejor que pueda dar a favor de su impulso espontáneo.

Elevado el ser humano en los dos anteriores ciclos para hacer de él un hombre libre, cordial y fuerte, al cumplir los veinte años estará ya lo debidamente preparado para hacerle responsable de sus actos. La comunidad lo incorporará desde este momento a su maquinismo, le concederá derechos y le impondrá deberes. El hombre y la mujer entrarán, al iniciarse este ciclo, en su mayoría de edad y quedarán aptos para ejercer la vida civil, sin limitación alguna.



El acceso al período juvenil, será el momento más solemne de la vida del hombre. Anualmente, en el solsticio, los Estados federales biófilos organizarán, en la playa o en la montaña — es decir, en espacios libres y luminosos — las fiestas de Incorporación Cívica. Consistirán éstas en manifestaciones deportivas, artísticas y literarias y habrán de desarrollarse en el curso de una semana. A los hombres se les rasurará rostro y cabeza. Las mujeres se presentarán limpias de afeites y con las cabelleras sueltas. Unos y otros entonarán cánticos al Sol, a la Tierra y al Agua. A todos se entregará un ejemplar completo del Crisol Biófilo, piedra angular de sus deberes y sus derechos.

Ya efectuada la incorporación cívica, durante cuatro meses, hombres y mujeres quedarán sometidos a la tutela del Estado.

En este período, los hombres serán encuadrados en una disciplina cívico-militar. Las mujeres se organizarán en grupos de enfermeras y ejercerán su función en hospitales y núcleos benéficos. Todos ellos cursarán asignaturas de fisiología y patología sexual. Se les mostrará en toda su crudeza, en toda su verdad, cuanto a la vida sexual se refiera. En visitas colectivas, se les exhibirán casos clínicos de enfermedades venéreas. Las mujeres presenciarán partos y actuarán como auxiliares de las matronas. Toda la función sexual, sin la menor limitación, habrá de quedar aclarada ante sus ojos y su mente. Nadie, ni hombre ni mujer, habrá de ignorar nada en este aspecto cuando el Estado, tras los cuatro meses de tutela, inscriba en el Carnet Biófilo de hombres y mujeres, las palabras "Plenitud Cívica". Si el sexo es libre en una comunidad biófila, la mente ha de conocer los peligros de esta libertad, para poder administrarla.

Ya cumplimentados los deberes iniciales para con la comunidad, el hombre y la mujer vendrán obligados a rendir su tributo al acervo común, sin distinción de clases en orden alguno.

El trabajo es un castigo, pero es también una necesidad colectiva. Para que este castigo sea menos cruento y duradero y para que esa necesidad sea llenada con el menor esfuerzo individual posible, en una comunidad biófila habrá de trabajar *todo el mundo* durante el tercio vital que comprende la juventud y el ciclo viril. De cómo este trabajo habrá de ser realizado, quedará aclarado en capítulo especial.

El ciclo obligatorio de rendimiento, en lo corporal y muscular, quedará cerrado al cumplir el hombre o la mujer los cuarenta años. No así en lo mental o artístico que continuará al arbitrio de su propio ejecutor.

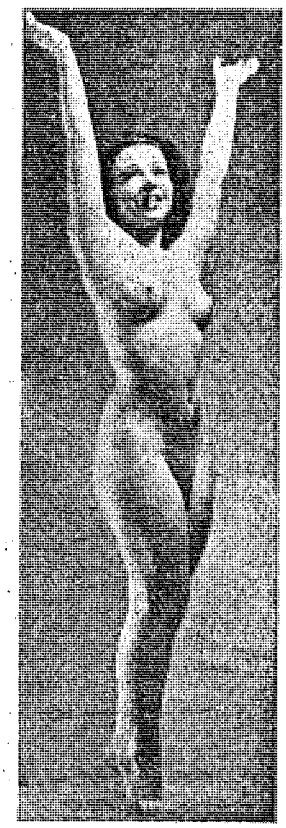
VEJEZ

No se entra, propiamente, en la vejez al cumplir los cuarenta años. Este ciclo se subdivide en los siguientes períodos:

Estático . . .	de los	40	a los	45	años
Incierto . . .	"	45	"	50	"
Laxo	"	50	"	55	"
Vejez	"	55	"	65	"
Decrepitud. . .	desde los 65 años				

Si el hombre, en los primeros veinte años, se ha formado y en lo que va de los veinte a los cuarenta ha trabajado, ¿qué premio, qué estímulo le reservará la sociedad a cambio de su esfuerzo? ¿Un seguro económico de vejez? Eso no es un premio; es justicia, nada más. El período más jugoso de la vida del hombre es el que va de los 40 a los 50 años. Este ciclo de su vida, debe vivirlo sin limitaciones. Los goces, a través de todas las experiencias, dan, en este momento de la vida del hombre el máximo rendimiento y la sociedad biófila ha de organizarse de manera que estos goces puedan ser apurados por el individuo. Son los últimos años de la humana existencia en su plétora. Cada día que huye se le lleva al hombre un girón de energía, una esperanza, una ilusión. La depresión orgánica se manifiesta lenta, pero tenazmente. Se acerca la laxitud. Avanza en su camino la vejez y el hombre ve ante sus ojos, el espantable abismo de la decrepitud. ¡Hay que dejarle vivir ese ciclo que va de los 40 a los 50 años! ¡Es suyo! ¡Le





pertenece! ¡La comunidad no se lo puede robar! Es la segunda, o mejor diríamos, la *única juventud* de su existencia. No es período de descanso; éste vendrá después, al trasponer los 50 años. El hombre no ha nacido sólo para formarse, rendir y descansar. Ha nacido también para gozar y ese derecho ha de ser inviolable en una comunidad biófila. De cómo la sociedad habría de organizarse para que este propósito sea realidad, se aclarará en el capítulo de Economía y Hacienda.

FAMILIA Y PATRIMONIO

Vamos a entrar en uno de los capítulos más difíciles de abordar. En el ambiente en que vivimos, los biófilos hemos de quedar forzosamente encuadrados en los sectores político-sociales de extrema izquierda. La mentira convencional que nos asfixia, no puede ser derribada desde los baluartes de las organizaciones moderadas, ni mucho menos desde las covachas de las derechas. Por ley natural, nuestros ejércitos han de luchar al lado de las organizaciones ácratas, racionalistas, socialistas y comunistas libertarias. A todos nos estorba el muro convencional que se opone al avance de nuestros respectivos idearios. Para echarlo abajo, el esfuerzo ha de ser común y el empuje unificado. Luego, una vez conseguida la derrota del enemigo de todos, cada uno de los idearios recabará su independencia y luchará para obtener el asenso de la comunidad. Precisa aclarar que todo partido de izquierda, quiera o no quiera, es en su génesis biófilo.

Nuestro ideario está difundido en el cuerpo social como la sangre en el organismo humano y no puede ser más simple: vivir de una manera sencilla y natural. Nada más; absolutamente nada más. Cuanto se adapte al libre albedrío del ser pensante y a sus funciones orgánicas, encaja en nuestro postulado. Si en alguna ocasión, ante un caso imprevisto, la duda se apoderara del biófilo, no deberá sumergirse en las profundidades analíticas de la mente para resolverla; se retrotraerá a los estados y ambientes primitivos del ser humano y se preguntará: cuando el hombre era libre y feliz en la inmensidad de la tierra, cuando ninguna convención atormentaba su mente, ¿cómo resolvió este caso? ¿Qué hizo? Y allí, en aquellas claridades sencillas de los hechos naturales, hallará la solución al problema que se le haya planteado.

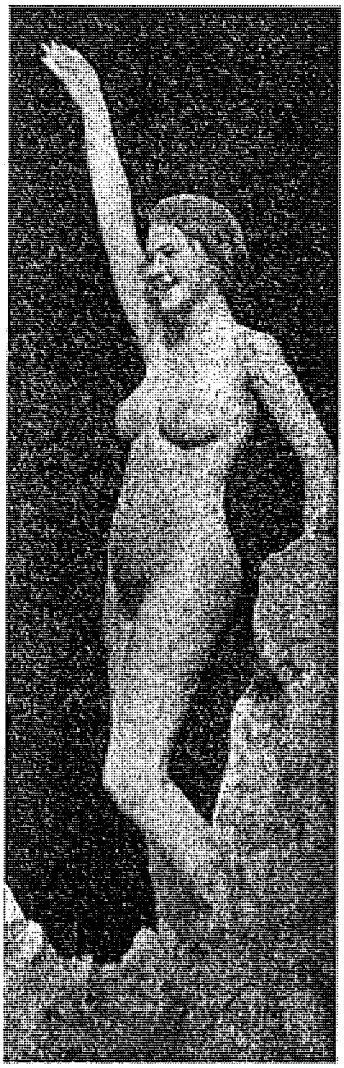
Las organizaciones proletarias de extrema vanguardia, en su afán de crearlo todo "nuevo", se empeñan en destruir cuanto sirve de base a nuestra vida de relación. Obran así, porque sobre esa base se ha levantado el templo de la mentira y de la convención y ahogados por el ambiente mefítico de los artificios, no se dan cuenta que lo que estorba es el templo, no los basamentos puros y naturales sobre los cuales ha sido construído.

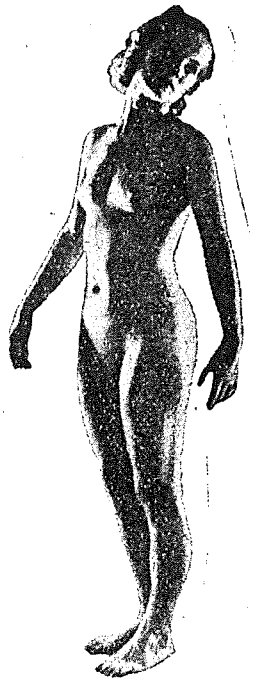
Es un hecho evidente, natural, humano, que los primeros moradores de la tierra se agruparon en familias, constituyeron hogares o clanes y que estas pequeñas concentraciones afectivas o de consanguinidad, se "estatizaron" en acotados reservados para y por sus moradores. Eso no hay doctrina ácrata, comunista o racionalista que pueda destruirlo. Y aquello que por ley humana es indestructible, combatirlo resulta una puerilidad.

Cuando, en los albores del mundo, el macho dijo a su hembra y a su prole "Aquí se está bien", seguramente ignoraba que con este hecho natural de escoger un punto de la tierra a su gusto para él y los suyos, que con este razonamiento tan sencillo, tan puro, tan ingenuo, echaba nada menos que los cimientos de esos monumentos ciclópeos que hoy llamamos

Familia
Hogar
Patrimonio,

que tanto asustan a los hombres de tendencias comunistas y libertarias. No acertamos a ver la razón. Ni la familia, ni el hogar, ni el patrimonio aparecen en su génesis con caracteres morbosos para el cuerpo social y por lo tanto, no podemos admitir la doctrina de su destrucción a todo trance.





Lo que hay que destruir, quemar y aventar, es aquello que sectas, religiones y convencionalismos han puesto sobre el hecho natural que dió lugar a la creación de un sistema de convivencia; eso, sí, pero nunca, jamás, las bases humanas que, sin presión convencional alguna, estableció el primer morador de la tierra y es y será insoslayable en el ser humano por los siglos de los siglos.

Serán, pues, sillares básicos de una comunidad biófila, la familia, el hogar y el patrimonio.

* * *

La familia tiene su punto inicial en la unión de un macho y una hembra para vivir en común.

Esta unión, pacto o contrato, entre un hombre y una mujer, será libre y denunciable a petición de cualquiera de las partes o por las dos a un tiempo. En uno y otro caso, la denuncia, será condicionable.

En ningún caso la rescisión de un contrato matrimonial por una de las partes, podrá traducirse en daño material para la otra. Si la parte demandante o actora dispone de recursos, deberá entregar la mitad de ellos a la parte opositora. Si se trata de familia proletaria, deberán quedar asegurados los alimentos de la que no preste voluntario asenso a la denuncia del contrato. Los hijos del matrimonio divorciado, tendrán derecho de prioridad sobre sus padres en los alimentos.

Al ser libre y denunciable la unión conyugal biófila, la comunidad habrá de estudiar las causas que producen estas separaciones y tratará de evitarlas por todos los medios.

La unión de dos cónyugues responde siempre a unos principios de atracción que parten del corazón y del sexo. Uno y otro son también los puntos de partida que dan lugar al disenso. Pero ni uno ni otro deben ser causa suficiente para producir la separación por sí y ante sí.

Marido y mujer pueden profesarse sincero afecto cordial y repudiarse sexualmente.

Precisa, pues, dar cauce y expansión independientes a estas dos ligazones de la vida conyugal y no admitir que por ausencia de una de ellas, sea sacrificada la otra. Un hogar biófilo, no será destruído por inactividad sexual entre los cónyugues. La frigidez sexual no depende de la voluntad del ser humano. Donde el sexo no halle estímulo, puede hallar el corazón paz y bienaventuranza. La comunidad biófila, creará, pues, el derecho de independencia sexual en el matrimonio. El ejercicio de este derecho, no podrá ser tácito, sino explícito y no conllevará, necesariamente la separación de cuerpos ni el levantamiento del hogar.

Hombre y mujer podrán reclamar la independencia sexual en el matrimonio. Esta independencia significará:

a) En el hombre: la obligación de atender a todos los gastos del hogar y a los alimentos de la mujer y de la prole habida con ella.

b) En la mujer: la renuncia a todos los beneficios económicos que le concede el matrimonio y la obligación de alimentar por mitad los hijos habidos con el macho repudiado y de contribuir, también por mitad, a los gastos de mantenimiento del hogar.

La efectividad de la independencia sexual, se entenderá siempre fuera del hogar. En todo hogar no puede haber más macho que el padre ni más hembra que la madre a los efectos sexuales.

Los hijos habidos fuera del matrimonio por los padres o madres en estado de independencia sexual, se entenderán a los efectos legales, como fruto de un segundo matrimonio, aunque éste no hubiera tenido efecto.

La familia estricta abarcará desde el bisabuelo al bisnieto.

Gozarán de derecho legítimo de herencia:

a) Los hijos del hogar conyugal sobre el patrimonio común.

b) Los habidos por la madre o el padre fuera del matrimonio, sobre los bienes logrados a partir de la separación sexual, por cada uno de ellos en su nuevo estado.

E L S E X O



El sexo, en su vida fisiológica, no es materia sobre la cual se pueda legislar en una comunidad biófila. Es libre en su función orgánica y le es lícito recurrir a todos los medios íntimos para su estímulo y expansión.

El acto sexual, en cualquiera de sus manifestaciones, voluntariamente realizado por ambas partes y en plena conciencia de sus actuantes, no obliga a nada a ninguna de ellas. En la función sexual orgánica, no es admitida la existencia de la aberración.

El estupro, la violación y la corrupción son actos de fuerza y por tanto ha-

brán de ser considerados al margen de la ley biófila que no tolera la violencia en orden alguno.

Aunque la comunidad biófila hace declaración explícita de ausencia en las desviaciones sexuales, declarará función normal la cópula genésica y realizará campañas de persuasión encaminadas a combatir los morbos o desvíos unisexuales, porque biofilia quiere decir templanza, goce tranquilo, beatitud perdurable.

El contagio venéreo consciente por una de las partes, será castigado con el máximo rigor. Hombre o mujer enfermos, no deben cohabitar. Asimismo será inexorablemente castigada la inducción al comercio carnal.

La mujer que haga comercio público de su cuerpo, no podrá mantener relaciones de intimidad continuada con hombre alguno.

Siendo libre el sexo, lo serán también todas sus funciones orgánicas, pero la comunidad biófila no admitirá la proxeneta ni el rufián.

A los efectos de higiene, la mujer prostituída quedará sometida al control del Estado.

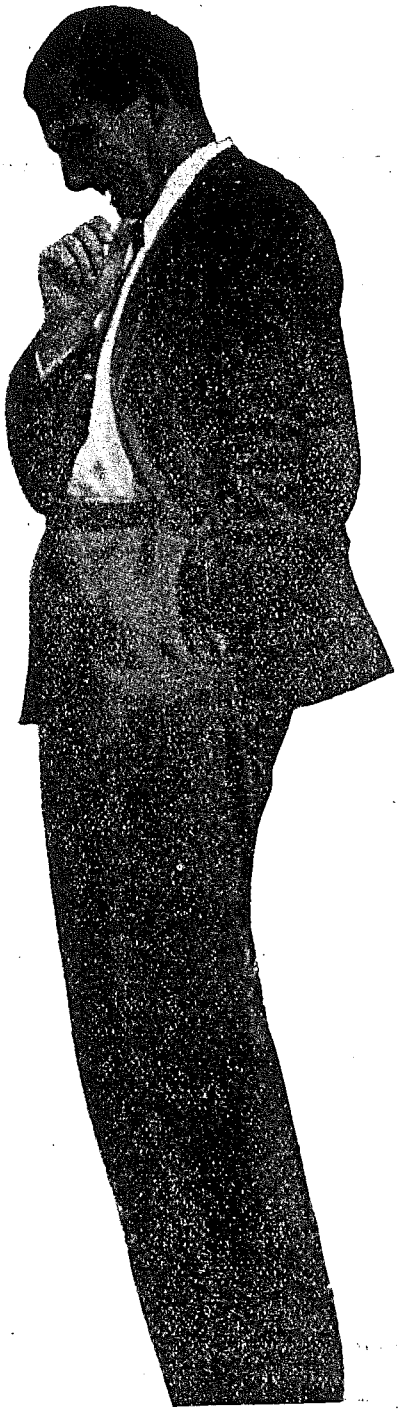
Los frutos del acto sexual entre parejas no unidas en matrimonio, deberán ser cultivados y elevados por los padres por mitad, si son ricos, o proporcionalmente a sus elementos económicos si son asalariados.

En un Estado biófilo todos los hijos serán considerados legítimos en relación con la paternidad. Esta podrá ser investigada e impuesta, caso de negarse el padre a reconocerla. Será, también, inviolable.

Quedan salvadas las funciones sexuales de todo convencionalismo ético y moral. El sexo biófilo no es, pués, ni moral ni inmoral: se limita a cumplir su misión orgánica en el cuerpo humano.



Danae, cuadro de Tiziano



Los senderos del dolor

El Rufián

A BENAVIDES, BUEN AMIGO, GRAN REPORTER.

—¿Tomo este? — me dice Costa, y señala a un viejo lobo de mar plantado ante la motonave que mira subir el ancla con un rictus de suficiencia.

—No está mal. Van quedando pocos ejemplares de esta familia en nuestro puerto. El hombre de mar, curtido, apacible, terco, con la frente surcada y la pipa en el belfo, desentona mucho en una ciudad como Barcelona. Tómalo. Será un fósil en mi novela.

Fija Costa el lápiz sobre el bloc, echa sobre las pupilas el toldo de las pestañas, escruta al filo de ellas la casi cuadrada silueta del viejo marinero y comienza a dibujar.

Dos horas llevamos sentados en el bar del muelle. Atardece ya. Las luces del trasatlántico dilatan su palidez en la hora lechosa del crepúsculo. En el muelle la multitud permanece quieta, apiñada, silenciosa, viendo las postreras operaciones de desamarre. Chirrían aceros. Crujen maderos. De vez en cuando, surge una mano por encima de la masa humana y se agita lentamente, con lentitud de pesadumbre, en el aire. Otra mano le contesta, temblorosa, desde el buque. Un pañuelo... otro pañuelo; una voz... otra voz...

Luego, silencio, dolor, tragedia.

En alto ya las anclas, trepidan los motores, chillan las sirenas, caen sobre el muelle las palancas, suéltanse las amarras, maniobran lanchas y remolcadores como polluelos alrededor de la clueca, y a poco el monstruo férreo, el gran galápago oceánico, comienza a moverse, a desentumecerse.

Las percusiones metálicas suenan ruidosas, formando escalas inarmónicas, irritantes.

La nave pierde muelle. Cunde un clamor en la multitud. Se agita la masa en vaivenes compactos. Gritos, manos, pañuelos, brazos ingentes, rígidos, con un niño que pernea en alto. Dos viejos que se abrazan con los ojos fijos en un muchacho que les despide desde el buque con la sonrisa en los labios y en las pupilas una humedad reluciente.

Los bufidos iniciales del vapor, van perdiendo intensidad. Ya no evoca el galápago. Ahora es más bien un cisne por su agilidad, por su esbeltez. Va girando sobre sí mismo. El trepidar de los motores se hace más fino, más alegre; la enorme mole de acero va despegando la proa, agua adentro, hasta enfilar la bocana del puerto.

Besos con las manos, adioses, sollozos. Luego, silencio, un silencio que hiela la sangre. Este barco que se va, me produce la sensación de una lágrima enorme caída en el mar...

Un cuarto de hora después el muelle queda solitario. El puerto es ya una tumba vacía, un sarcófago inmenso sin cadáver...

—¡Al fin! — masculla Joaquín, dejándose caer pesadamente en uno de los butacones de mimbre de nuestra mesa.—¡Se me saltaban los nervios!

Y con un rugido, bronco, roto:

—¡Coñac!

Costa y yo aguardamos a que hable. Mi compañero va tomándole rasgos.

—Retratos, no, ¡eh! — advierte Joaquín. — Los periodistas me dais miedo.

—¿Acudieron todas? — intervengo para evitar la réplica dura que descubro en el rostro de mi amigo.

—¡Son unas zorras! ¡Sacrifícate para que luego te paguen así!

—¿Cuántas? — insisto.

—Cinco. Una me dió el salto. Pero es igual: irá en la próxima redada.

—Quizá se haya dado cuenta.

—Lo mismo da. La tengo bien amarrada. Sólo me duele porque era "lo" mejor del alijo. Dieciséis años. Rubia. Ojos azules. Fina de remos. Bien puesta. Nueva. Natilla pura.

—¿Has dicho nueva?

—La estrené yo. Esta vez se la gané al novio que, por lo visto, es de los que se encantan mirando la luna.

—¿Y dices que volverá a ti?

—¡Por esas! A ver, deja que eche cuentas... Sí, eso: antes de un mes irá a buscarme. En cuanto al imbécil del novio, quedará contento, muy conten-

to. Ella, zorra como todas, después de lo ocurrido conmigo, se le entregará, no por amor: por si hubiera "novedad". Son así de calculadoras. No hacen nada por nada. ¡Las conozco más que la...!

—Lo que no veo claro es por qué diablos habrá de quedar contento el novio.

—¡Tú qué sabes de eso! La chiquilla es preciosa. Una muñeca. Te diré que llegué a pensar en quedármela. ¡Fíjate! Nada, una tontería. Ya pasó. Las dos veces que me acosté con ella, tuve que emborracharme y emborracharla. Estaba dura. Se defendía como una fiera. Yo creo que incluso me odiaba al verme tan hombre, tan brutal... Yo soy así... Hay que domarlas, embrutecerlas, idiotizarlas.



Una excursión al campo, una merienda sazonada...

—¡Buen panorama para que vuelva!

Los ojos de Joaquín relucen finos, agudos, en la oscuridad. Me recuerdan los de la hiena.

—No le quedará otro remedio. La tengo aquí, en el puño. Te diré cómo fué: con los excesos del alcohol y por lo mucho que la chiquilla me gustaba, me lancé como un tigre y asomó de nuevo lo de la sífilis, esta reliquia que tengo veinte años en conserva. Así estará ella. Ella y el imbécil del novio, para que vaya mirando a la luna.

Un estremecimiento de horror recorre mis arterias. Costa se queda con el lápiz en la mano y la boca abierta mirando alelado al rufián que absorbe con avidez, a chorro, el contenido de la botella de coñac. La oscuridad es ya densa. Mar adentro, como una diadema luminosa, va alejándose la motonave...

—Ahí van tus tres billetes por los seis pasaportes. Ya ves: pierdo dinero, porque uno me queda inútil. ¡Cada día se ponen peor los negocios! No dan más que mil pesos por piel. Una birria. Te digo que...

—Oye — le interrumpo. — ¿Qué fué de aquella chica tan bonita con la que ibas hace ya algún tiempo?

—¿A cuál te refieres?

—¡Sí, hombre! La has de recordar. Regordeta, flexuosa. Ibas mucho con ella a un tabernucho de la calle San Ramón.

—¿La Boba?

—No sé...

—Sí, hombre, sí: la Boba. No puede ser otra. Hará de eso, unos dos años, ¿no?

—Algo así.

—¡Allá se pudra!

Se aferra de nuevo al coñac. Hay un silencio.

—¿Allá? ¿Queda lejos ese "allá"?

—Sí: en tierras de Africa. Le gustaba mucho viajar y la di gusto. Ahora estará viajando en Orán de catre en catre por cinco francos.

Joaquín suelta una carcaja bestial. Yo, me limito a sonreír.

—Algunas veces la vi de paseo con una niña.

—¡Vaya lapa! La reconocí como mía. Ni Dios me la quita. Tengo diez o doce así. ¡Hay que ser previsor!

—¿Las tienes en tu casa?

—No: en varias casas. Yo las digo a mis amigas que las mando a mis padres; pero opino que estarán mejor en manos de las "madres", y a ellas se las confío.

—¿Las asilas?

—¡Claro! Para que vayan creciendo, y en edad oportuna... ¿No te parece?...

—¡Eres un hacha, Joaquín!

—Conozco el paño, Luis; nada más. Mira, una de ellas estará ya en los doce... muy bonita... como su madre... a no tardar... como su madre...

—¿Los documentos, caballero? — interrumpe un intruso, con felina suavidad.

Hay en el rufián un movimiento instintivo de huída, pero el hombre es de hierro y embrida los nervios.

—No pienso embarcarme, ni soy forastero, señor. Ahí va mi cédula.

La linterna de bolsillo del agente alumbra el documento.

—¿Cómo se llama usted?

—¿No está clara la cédula?

Otros tres agentes se acercan a nosotros. Nos rodean.

—El nombre — insiste el jefe.

—Eso... Pues... Luis de Alcalá y Cervera... Eso...

Le escruta el jefe. Le enfoca el rostro con la linterna.

—Yo siempre creí que te llamabas Joaquín "El Dandy" — comenta con frialdad.

Lividece acorralada la fiera. Busca salida. No la hay. El jefe guarda en su cartera la cédula falsa y ordena:

—Esposadle.

—Ahí van los billetes, amigo Carmona — intervengo yo dirigiéndome al policía. — Buen servicio el de hoy.

Me mira el rufián. Hay acero en sus pupilas.

—¡Tú habías de ser, canalla! — gruñe.

Se me va el puño y lo descargo seco sobre su rostro con fuerza de catapulta.

—¡Cobarde! ¡Periodista! ¡Me la pagarás, chivato!

—¡Quieto! — ordena el jefe. — En marcha.

La oscuridad engulle el pelotón. Costa y yo, de pie, en mitad del muelle, permanecemos silenciosos.

—¿Por qué hiciste eso? — me pregunta.

Le huyo. Busco la oscuridad.

—No me hables. Déjame.

Se asusta Costa viéndome llorar como un niño.

—¿Pero qué te ocurre, Luis?

—¡Déjame! ¡Déjame! ¡Necesito llorar, llorar mucho, déjame!

Es buen amigo Costa. Me toma del brazo y me obliga a abandonar el muelle en busca de un taxi en la parada.

Ya en la avenida exterior, vemos avanzar corriendo, a una mujer. Llega gritando, con los brazos en alto:

—¡El barco! ¡El barco! ¡Que no salga!

Pasa como una sombra ante nosotros. El dolor que advierto en aquella mujer, ya vieja, acorrala el mío.

—¡El barco! ¡El barco! ¡Mi hija! — grita con desgarro.

Va hacia al mar como loca, los brazos en alto, el caminar incierto. Presiento una tragedia y corro a ella. Llego a tiempo y la detengo a dos pasos del agua. La enlazo con todas mis fuerzas.

—¡Mi hija! ¡Mi hija! — sigue gritando, debatiéndose para desasirse.

—No se desespere. Escúcheme...

—¡No tengo otra, señor! ¡Se me la lleva aquel bandido!

A fuerza de palabras logro sosegarla. Ella me oye atontada, sin comprenderme, ausente a cuanto la rodea y con la vista hacia el mar.

—Puede estar tranquila. A su hija no le ocurrirá nada malo. Se lo aseguro.



Los jóvenes, más audaces, la gozan plenamente

—¡Si es un ladrón! ¡Si trafica en mujeres! ¡Pobre hija mía!...

—Efectivamente; pero la policía llegó a tiempo y su hija desembarcará en el primer puerto con otras cuatro compañeras Dentro de unas horas regresarán todas a Barcelona.

La pobre mujer me mira, desconfiada, llora, ríe, me abraza, me besa.

Costa y yo nos la llevamos.

Lejos, en el horizonte, las luces del trasatlántico son ya estrellitas perdidas en la inmensidad del vacío

* * *

—¿Dónde cenamos? — pregunto a mi amigo.

—En cualquier bar. En Casa Juan...

—No. Necesito aire, anchura. ¿Te parece bien el Tibidabo?

—Eso tú dirás. Hasta seis pesetas, "echa pa alante".

—Un taxi nos dejará al pie de la montaña y ganaremos la cumbre andando.

—En ese caso, lo que haremos será desayunar, no cenar.

—No es para tanto. A las doce estaremos allí. Esta excursión será un sedante para mis nervios. Sé bueno conmigo, hoy. Lo necesito, Costa. Siento un peso extraño en el corazón. Necesito aire, espacio. ¡Quiero respirar!

—Andando, pues.

* * *

Afortunadamente, la noche es de una magnífica claridad lunar. Limpio y lejano el cielo, brillan en él las estrellas, diminutas y vivas como ojitos de hurón. La carretera es una serpiente amarilla en la profundidad del paisaje. Las balsámicas emanaciones de los pinares ejercen en mí su influencia bienhechora. Detrás de nosotros se extiende el manto luminoso de la ciudad. Más allá la superficie del mar, inquieta, movediza, reluciente por efecto de los reflejos estelares.

Me siento bien en esta soledad. Costa me sigue a poca distancia y me ruega que no acelere tanto el paso.

—¡Esos nervios!

—No son los nervios. Aquí, en el corazón, advierto unos latidos extraños, como si alguien soplara desde adentro.

—¡Claro! Te metes en líos...

—No son líos, Costa, no son líos...

—¿Pues?...

—Nada. Prefiero no hablar de esto.

En silencio continuamos la ascensión. De vez en cuando fijamos la mirada sobre la urbe y por las ristras lumínicas centramos sus principales arterias.

En un descanso, me pregunta Costa:

—¿Cómo anda tu libro?

—¿"Dulzura"? No sé. No me atrevo con él. Dos años llevo preparándolo, y ahí me tienes: ni una cuartilla. Se me rebelan los protagonistas. Son muy complejos.

—¿Y el argumento, la trama?

—Eso es lo de menos. "Dulzura", la protago-

nista es la que no llego a esculturar. Se me escapa, se me escurre. He de escribir sobre realidades y no acierto a abrirle los arcanos del alma a mi heroína. Unas veces se me aparece como un monstruo y otras adquiere aspectos de tal ingenuidad, que lindan en lo angélico. ¡No puedo con ella, no puedo! Se trata de una retardada mental — como todas las "Dulzuras" que en el mundo han sido — que piensa y actúa como una chiquilla, sin voluntad, sin un criterio definido del mundo que la rodea y ello da lugar a situaciones absurdas, incomprensibles. Si abordara su psicología desde un punto de vista racional, frío, mi obra no podría leerse. Mi protagonista sería de una perversidad inconcebible. A veces, en mis incursiones psicoanalíticas a través del personaje que voy creando, he llegado a creer que mi criatura es una bestia sin corazón y sin cerebro, tales son las atrocidades que voy descubriendo en mi paciente labor de disección. Tengo, sí, perfilados tres o cuatro personajes episódicos muy interesantes, muy humanos: una criada con alma de alcahueta que es una víbora; una comadrona, turbadora de mujeres honradas y elemento de enlace de una banda de rufianes; una trotona desvencijada que se rodea de amigas guapas y jóvenes para retener a sus clientes; un comisario que facilita los "negocios", un... ¿Otra vez?... No sé qué noto aquí, en el corazón...

—Siéntate. No hables tanto.

—Son ya varias las ocasiones en que observo que el corazón me late con percusiones metálicas, rotas...

—Duermes poco. Has de ordenar tu vida.

—¡No puedo, Costa, no puedo! ¡Dos años así! ¡Dos años!

Me siento sumido unos momentos en el vacío de una ausencia absoluta, perdida mi mente en lejanas evocaciones. Los nervios me despiertan de un aldabonazo.

—¿En marcha?—digo.

—Como quieras, Luis.

Antes de las doce hemos ganado la cumbre. El airecillo fresco y fino de las alturas apacigua un poco mi excitada neurosis.

Cenamos bien. Champán, café, coñac. Tomo a Costa del brazo. Paseamos en silencio. Respiramos a pleno pulmón.

—Ven, nos sentaremos cara a la ciudad y a grandes rasgos te expondré el argumento de "Dulzura".

Bien arrellenados en cómodos butacones de mimbre, comienzo mi relato:

—El ambiente, como ya sabes, es el mundo equívoco en que las mujeres van deslizándose insensiblemente hacia la prostitución. Mi deseo es que "Dulzura" sea una obra ejemplar, un rayo de luz en los inexpertos cerebros de las inocentes palomas que tarde o temprano habrán de ser devoradas por los gavilanes sexuales. Tomo a mi protagonista, "Dulzura", desde sus trece años y ya en esta edad, en infinitos detalles, voy descubriendo el alma de prostituta inconsciente que lleva dentro. Te advierto que la prostituta, nace, no se hace. Claro que hay casos excepcionales, pero, en general, la mujer tiende fatalmente a prostituirse y ha de sostener verdaderas batallas con ella misma para evitarlo.

"Dulzura" es una chiquilla guapa, sensual y de una repulsión instintiva para el trabajo. De aprendiza no se adapta a labor alguna. No importa. Ella es siempre la aprendiza mejor tratada y más bien pagada de las casas donde trabaja. Dueños y encargados se interesan siempre por ella. Llega tarde y no la regañan. Se pasa el día sin hacer nada y no la despiden. A las tres o cuatro semanas, estalla el escándalo y ha de abandonar el taller. El dueño o el encargado, ante las amenazas y los chillidos de sus esposas, cordialmente advertidas por "una amiga", no tienen más remedio que despedirla.



"Dulzura" recorre todos los talleres de pintura...

Así, de tumbo en tumbo, liada siempre con casados y hombres maduros, llega "Dulzura" a los quince años. Ya tiene novio. Mejor dicho: ya tiene novios. Uno en cada esquina. Ella atiende a todos y reparte días y horas con maravillosa habilidad para evitar enojosas coincidencias. No obstante, éstas sobrevienen con excesiva frecuencia y menudean los encontronazos entre los galanes. En el barrio, "Dulzura" es ya popular. Las muchachas de su edad, la huyen. Las casadas la miran con recelo. Los maridos de las casadas procuran tropezarse con ella en la escalera y los altercados son casi cuotidianos.

"Dulzura" cobra fama. Ella se mira al espejo y con sus senos incipientes y su talle cimbreante, piensa en las "vampas" del cine. La perfumería es la continuación de su hogar, los escaparates de modas, su preocupación.

Inevitablemente acontece lo que ha de acontecer: la caída. Una excursión al campo, una merienda sa-

zonada y, al regresar, el capullo virginal es ya una flor abierta.

Los novios se suceden con velocidad vertiginosa. Los de buena fe se asustan y huyen; los avispados van a lo suyo y luego desaparecen. "Dulzura" sigue su camino con una inconciencia desconcertante. En su fuero interno está segura de que llegará muy lejos. En cuanto empiece a "castigar" de veras...

La aversión al trabajo es ya en ella manifiesta rebeldía. Una amiga le habla de una academia, donde, por bailar y divertirse, dan dinero encima. Allí acude ella y baila... baila... Los viejos concurrentes la sitían, la invitan, la babean. Los jóvenes, más audaces, la gozan plenamente. "Dulzura" no se preocupa. Ese es el camino de las "vampas", arguye.

Su talle adquiere indolencias tropicales. Sus caderas devienen flexuosas. Sus senos se hacen prominentes. "¿Sabes — la dice otra amiga — que tú serías una estupenda modelo?" Y "Dulzura" recorre todos los talleres de pintura de la ciudad y en ellos se viste y se desnuda con una sencillez encantadora. Ella sabe que obra mal. Ella no ignora que sus padres la matarían si se dieran cuenta de la procedencia del dinero que semanalmente les entrega; pero, además de esto, sabe que aquel trabajo es muy descansado, que los hombres la miman, que los vuelve locos y que aquel y no otro es el camino de las "vampas".



Se viste y se desnuda con una sencillez encantadora

Un día sufre un susto inesperado. La regla no aparece en su fecha. Una compañera de "vampirismo" le aconseja un bebedizo, otra unas píldoras, otra unas mostazas, otra unos baños de pies. Al segundo mes, la más experimentada de las taxi-girls de la academia, la recomienda a una comadrona amiga, que sabe mucho, mucho... "Eso son cuarenta duros", advierte la extrangula-fetos. "¿Cuarenta duros? ¿Cuánto es eso?", pregunta "Dulzura", que no tiene la menor idea en materias crematísticas. "¿No basta con esto?", y desparrama sobre la mesa toda la plata y calderilla que hay en su monedero. Unas catorce pesetas. La matrona estalla en una sonora carcajada, le toma la barbilla con la mano, la mira detenidamente, ve que "tiene ángel" y aclara: "Yo te arreglaré esto si me escuchas". "Dulzura" la escucha. "Dulzura" escucha siempre y cree siempre a quien trate de abusar de ella o de explotarla. La comadrona insinúa, tantea: "Yo tengo un amigo, muy rico..." "Dulzura" gana, con el sudor de su frente, el coste de su primer aborto.

Al salir de él se propone ser otra y toma una decisión: trabajar. Una mañana recorta un anuncio del periódico y sale en busca de ocupación. El anuncio reza así:

SEÑORITA, JOVEN Y ESBELTA SE DESEA PARA LABORES FACILES.

Efectivamente: el trabajo no puede ser más fácil ni más propio de una señorita joven y esbelta como

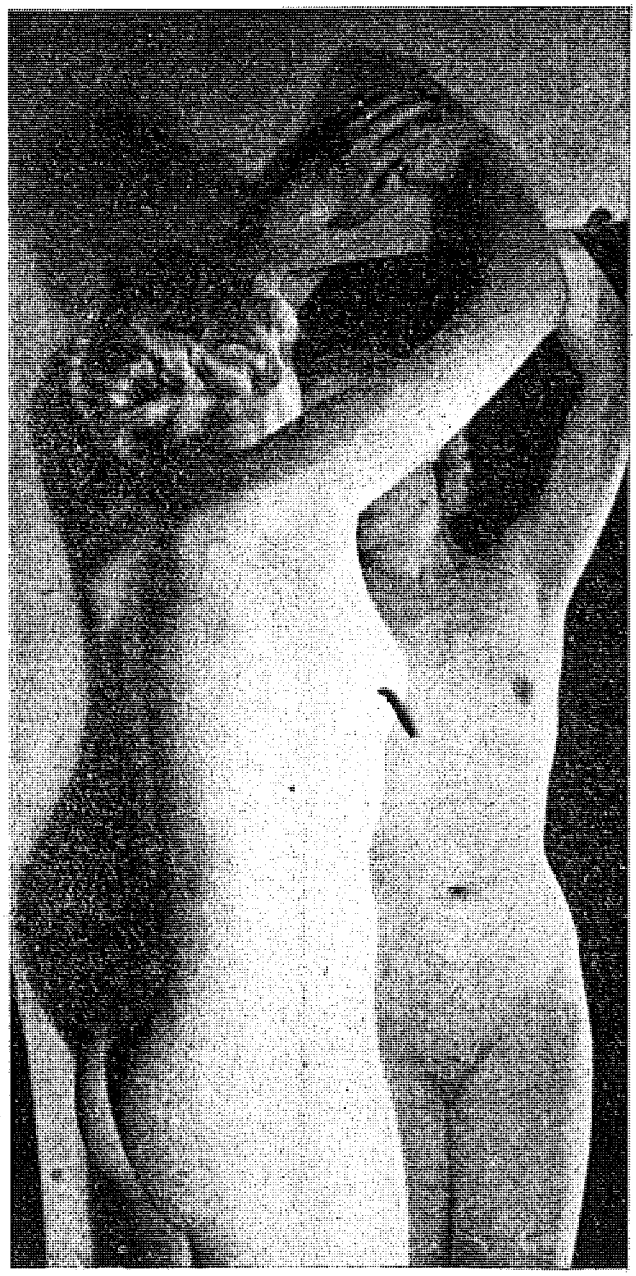
ella. Cines, teatros, salidas en auto, reservados y... segundo aborto. Nuevas y laboriosas complicaciones con la comadrona. Otro señor rico que abona el trabajo; pero esta vez el pinchazo la lleva a las puertas de la muerte.

La madre se ha dado cuenta. Llora, abraza, suplica. "Dulzura" se enternece, llora también y tras la convalescencia, colmada de arrepentimientos y buenos propósitos, sale de nuevo en busca de trabajo, ofrecido también en el periódico. "Voy a ser otra — se dice a sí misma. — Voy a defenderme como una fiera".

Esta vez el anuncio es como sigue:

MODELOS
PARA DESNUDO.
CINCO DUROS POR
SESION. DIRIGIR-
SE FOTOGRAFIA X

El anunciante ni es tal fotógrafo, ni necesita más modelo que la que se avenga a tumbarse en su cama turca. "Dulzura" se tumba. Ya lista, toma los cinco duros y en aquel preciso momento, no antes, se acuerda de su madre, de sus buenos propósitos, de sus fervorosos anhelos de honestidad y el dinero se le cae de la mano. "¿Eso qué es?", se pregunta mirando el billete a sus pies. "¿No vales más que eso?" "¿Te vendes por eso?" Con un gran peso en la conciencia, recoge el billete y sale del estudio fotográfico. Al doblar la esquina, descubre en el escaparate de una perfumería dos permumes nuevos. El último grito. Dos verdaderos talismanes para enloquecer a los hombres. "Dulzura" añade dos pesetas a los cinco duros y se hace con aquellos dos tesoros de atracción, que por muy poderosa que ella sea, no podrá superar a la que le es natural. Al llegar a las puertas de su casa advierte que la siguen dos o tres. Sonríe a todos, esconde en el pañuelo los dos frasquitos y al subir la escalera va pensando: "Lo que has hecho hoy, no está bien. Este camino no te conviene". Sumida en estos pensamientos, unos brazos nervudos la aprisionan. "Soy yo, "Dulzura". Ese "yo" es el casado del segundo. La escena se prolonga. Alguien avisa a la esposa. Otro escándalo.

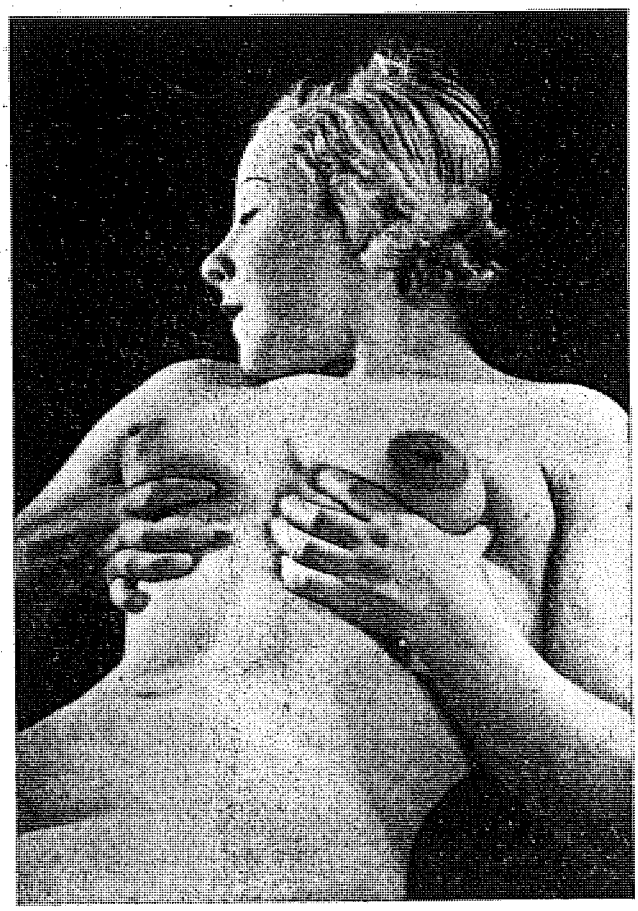


"Modelos para desnudo Cinco duros por sesión"

Nuevas lágrimas de la madre, renovadas promesas de enmienda en la chiquilla, que sinceramente comprende que "aquello" no puede continuar", que de seguir por aquellos caminos, tarde a temprano *acabaría* mal. Ella dice *acabaría*, porque está persuadida de que todavía no ha *empezado*, que lo hecho no tiene importancia, que son pecadillos leves... algo que puede ser lavado con una esponja.

Al estar sola en la habitación advierte que con el lío de la escalera ha perdido el pañuelo y los dos aromáticos talismanes. Sonríe, apenada, y al quiarse las medias y verlas llenas de guiñapos y zurcidos, se le ocurre preguntarse: "En verdad, ¿qué voy sacando con mis tonterías? No tengo un mal vestido que echarme encima, voy hecha un estropajo de ropa interior, no llego a lucir unos zapatos caros. No lo entiendo. Las "vampas" en el cine todas son millonarias; tienen auto, pieles, brillantes... Me parece que no doy con el camino." Dos minutos después, duerme como una bendita, como un ángel candoroso, porque un ángel de inocencia ha de ser forzosamente la mujer que aspirando a "vampa", entrega al primero que se le arrima y sin condiciones aquello que las "vampas" sólo otorgan a precio muy alto y a cambio de tenaces, de incansables asedios y sacrificios del galán. De ahí que, muchas de ellas, en lugar de ascender a los espacios siderales de la fortuna, acaben en inmundos estercoleros donde los muchos vacían todas sus purulencias sexuales. ¡Pobres muchachas! ¡Hay que apiadarse de ellas!

A pesar de la objetividad con que desarrollo mi relato y de la lentitud con que voy exponiendo el tema, al llegar aquí me veo forzado a tomar un descanso. Siento en el pecho una presión extraña. Algo así como si se me hincharan los pulmones. Enciendo un pitillo, me levanto, doy unos breves paseos para desentumecer mis piernas y aspiro, no sin cierta dificultad, las fragancias campestres que emanan de los pinares extendidos a nuestros pies. Casi entero tiro el



...sabe que aquel trabajo es muy descansado...

pitillo, me siento de nuevo y prosigo, siempre con la misma lentitud, siempre con la forzada frialdad con que inicié mi relato:

—Entre resbalón y caída, tropieza un día "Dulzura" con un hombre que le habla un lenguaje desconocido para ella. Le da buenos consejos, la aparta de academias de baile y estudios artísticos y cada sábado le entrega un montoncito de pesetas para justificar el semanal ante sus padres. Lo que más desorienta a "Dulzura" es la forma de producirse de aquel hombre. No la achucha. No la estruja. El primer beso que la da, es en la frente. Cuando salen al campo, se pasa tiempo y tiempo mirándola. Luego la besa las manos, los ojos... Un día que le dió un beso en los labios, le vió temblar. Quiso saber cuántos años tenía. "Cuarenta", repuso él con verdadera pena. "No son muchos", comentó "Dulzura" con sencillez.

Los ojos de Pablo — así se llamaba el hombre — resplandecieron. "¿De verdad no te parecen muchos?" — preguntó con incontenible emoción. Y aquel día la besó como un loco, como un niño.

"Dulzura" se acostumbra al trato apacible, bondadoso de aquel hombre y el día que le confiesa él que está casado, le duele a la muchacha, pero pronto olvida este detalle.

Siguen días gloriosos para él y para ella. Se aman como dioses. Se entregan a divinas locuras. Son dos llamas, dos brasas sexuales inextinguibles. Así medio año. Lo fatal, lo inevitable, lo que ha de ocurrir, ocurre: "Dulzura" advierte la primera falta. Echa sus cálculos. Intuye que aquel es el momento de libertarse de la tutela de sus familiares, y calla. A la segunda falta comienza a notar mareos. Segura de su estado, deja que las cosas sigan su curso. Un nuevo trastorno en su casa le da pie para abandonarla. Pablo se asusta. "Dulzura" es menor de edad. Sus padres la reclamarán. "Esto no puede ser—la dice.—Has de volver con los tuyos. Yo te acompañaré". Ella descubre, impasible, su situación. Está de tres meses. No puede volver a su casa. Un mundo de responsabilidades se agita en la mente de Pablo. La aventura pierde todo su carácter pueril y linda en la trascendencia. No importa. Pablo es bueno. Es honrado. Afronta las consecuencias de sus actos. Un pisito encantador. Una criada ya entrada en años que sea una madre para ella. Una terraza espaciosa y soleada. Gallinitas. Palomos. Pájaros. Flores. Un pequeño paraíso. No están casados, pero viven una existencia dulce, apacible, patriarcal. La chiquilla está encantada. Le gusta aquella vida. Si "Dulzura" fuera mujer leída, con qué deleitosa fruición evocaría en este ambiente propicio los versos del poeta:

"¡Cuán feliz es el que oye eternamente
el mismo ruido de la misma fuente!"

Dejándose embriagar por las intensas fragancias de los jazmines de su jardín, viendo en las ramas los racimos de la mimosa, escuchando el lento y ponderado cloquear de sus gallinitas, ¡con qué íntima complacencia iría recitando el pequeño poema!

Pero, "Dulzura", no sabe nada de poesía. Podría decirse de ella que no sabe nada de nada. Como un



Ese es el camino de las "vampas"

pájaro, va saltando alegremente sobre los travesaños que su cuidador va poniendo en la jaula. Ni envidiosa, ni envidiada. Las horas ruedan, pasan y ella las va viviendo. Eso es todo.

* * *

Una niña alegra el venturoso nido. "Dulzura" ha cambiado mucho. Es seria. Es honesta. La crisálida es ahora una mariposa magnífica que atrae las miradas lúbricas de los hombres. Pablo no es rico, pero a "Dulzura" no le falta nada. Es feliz. Son felices. Otro año.

Un día, la vieja criada, de cara al hornillo, sin mirarla, insinúa:

—Si yo valiera lo que tú...

De momento, no insiste. Sabe que la frase quedará como una cuña en el cerebro pueril de "Dulzura" y espera.

Otro día:

—¡Millonaría podrías ser!

Otra cuña. Otro gusano que roerá los sesos de "Dulzura".

Más tarde, a favor de un leve disgusto entre los dos enamorados:

—Yo, en tu lugar, escucharía a la comadrona. Tiene buenos amigos y con mucha pasta... Al fin, todas las entretenidas les dan el salto al que paga.

La criada y la comadrona, conchabadas, saben a lo que van. "Dulzura" puede ser un filón. Además, es tonta. El asedio continúa tenaz, constante, como la gota de agua que cae sobre la roca y la perfora. La serpiente repta, sinuosa, salaz, turbadora y silba, silba:

—¡Qué hermosa sres! ¡Cuánto vales! Créeme: ¡con lo viva que eres tú!, ¡con ese horror de talento que Dios te ha dado!

—¡Enloqueces a los hombres!

—¡Te siguen como perros!



—¿Eso qué es? ¿He pasado la noche aquí?

"Dulzura" escucha la voz sibilina. Se mira al espejo. Reconoce que sí, que es muy hermosa.

Surgen los disgustos entre Pablo y "Dulzura". Torpes desdenes de ella. Dignas ausencias de él para corregirla. Estas ausencias de tres, de cuatro días, conllevan libertad. "Dulzura" la aprovecha. Deja que los hombres se le acerquen, sonríe a los piropos...

Un día un buen mozo la para. Le habla. Un año antes "Dulzura" le habría plantado en mitad de la calle. Ahora le escucha. Hay tolerancias en ella. Dudas. Sonrisas. Despidos afectuosos. Acepta un aperitivo. El la tantea. Escudriña sus puntos flacos. Ya orientado, inicia el ataque:

—Esta vida que usted lleva es una infamia — la dice.

—El me quiere mucho. Es muy bueno. Me respeta.

—Pero está casado. Su hija de usted no tiene padre.

El dardo es certero.

"Dulzura" comienza a divagar. Duda de aquel hombre; descubre en él cosas extrañas, pero lo tolera lo escucha...

La vieja criada, desde el fogón, insiste sin mirarla:

—¡Ese sí que te conviene! ¡Vaya tipo! Además: la niña tendría padre... Este hombre haría de ti una mujer honrada.

"Dulzura" se sorprende enormemente ante aquella revelación.

—¿Una mujer honrada? ¿No lo soy ahora?

—¡Claro que no! Eres una cualquiera, un pingo, la entretenida de un hombre vicioso que busca en ti carne fresca y barata. Eres su... bidet. Nada más.

—El no es malo conmigo.

—Ni malo, ni bueno. Eres su "cosa". Llega, vacía sus humores y ya no se preocupa de nada más. Ni siquiera se mira a la nena. ¡Parece mentira, con tu carita y a tus años que pases por eso!

Ya, a partir de aquí, las relaciones entre Pablo y "Dulzura" llegan a hacerse imposibles. Ella le veja, le escupe insultos, le pone en situaciones violentas en cualquier sitio donde se hallen. Le planta en mitad de la calle, en el café, en el teatro. No obstante, él cede siempre, perdona siempre. Se ausenta uno, dos días, tres, pero, a la postre, vuelve a su lado y casi le pide perdón. Espera que su bondad acabará por domar, por acorralar a la fierecilla. No es así. Las ausencias de Pablo son habilidosamente aprovechadas por ella. Insensiblemente va cediendo a los acosos del galán que no la deja a sol ni a sombra, porque se ha dado cuenta de las incertidumbres afectivas de la muchacha. Al fin, "Dulzura" se entrega. Se entrega porque sí como siempre, sin razón, sin motivo, sin plan, sin propósito. Con la misma sencillez, con la misma naturalidad que en sus días juveniles se desnudaba ante un pintor o complacía a un viejo libidinoso en sus apremios seniles. "Dulzura" nació así. Morirá así. Cuanto se haga para apartarla de su ruta es tiempo perdido. ¿Por vicio? ¿Por egoísmo? ¡Por nada! Es la fatalidad que rige sus destinos. Ella misma, en momentos de lucidez, opone resistencias heroicas para no resbalar pendiente abajo. Nada logra evitar. El abismo la atrae con vértigos inexplicables para ella y se da cuenta de que tarde o temprano se precipitará en el vacío. Al fin, se encoge de hombros y comenta con desenfado: "Si ha de ser, cuanto antes mejor".

El nuevo gozador furtivo, le habla al principio de matrimonio, de honestidad, de recato. Ella le escucha y no opone reparos. Otro día se aventura por otros caminos: viajar, gozar, alternar con el mundo... "Naturalmente — advierte — eso después de casados". Ya todo son divagaciones y proyectos absurdos. Una vez es la casita solitaria en los suburbios. Otra, los viajes en grandes trasatlánticos. Otra, los medios aristocráticos donde las mujeres adquieren riquezas fabulosas. "Dulzura" escucha al galán y en lo recóndito de su intimidad, alumbra titilante la duda. ¿Querrá explotaría aquel hombre? Tontería. Eso no lo consentiría ella. De lanzarse, sería para ella, no para mantener a un vago, a un consentido.

Las concesiones sexuales se acentúan, se brutalizan. No son ya encuentros rápidos y angustiosos. "Dulzura" no cuenta el tiempo cuando está al lado de su amigo. Como si deseara que se descubriera todo de una vez. Sus salidas y sus regresos son desconcertadoramente irregulares. Pablo soporta plantones de una y dos horas. "Dulzura" ni siquiera intenta justificar sus retrasos. Ella es dueña de sí. Nadie tiene derecho a ejercer tutela alguna sobre ella. Un día le pregunta Pablo: "¿Por qué me tratas así, "Dulzura"?" Y advierte ella tanta bondad, tanta emoción en las pupilas de aquel hombre a quien está engañando miserablemente, que por un momento se asusta de verse a sí misma. Porque aquella mirada de Pablo le produce la sensación inexplicable de desnudarle el alma. Es un momento nada más. La noche del mismo día, la pasa por completo en brazos del galán. ¿Por qué? ¿Para ahogar en el vicio las llamadas de su corazón? No, no; nada de eso. Porque sí. Nunca las acciones de "Dulzura" responden a un fin determinado. Todo en ella se desenvuelve de una manera fatal y sin violencias mentales. Lo ocurrido fué que después de una tierna escena de reconciliación con Pablo, había salido con la nena a dar un paseo y su amigo la abordó.

—¿Merendamos?

—Bueno.

La merienda se prolongó más de lo acostumbrado. Para regresar era ya tarde. Las once. ¿Qué dirían los vecinos? Aquella noche, la niña, el galán y "Dulzura" la pasaron en una misma cama de una infecta casa de dormir de los barrios bajos; el galán no se mostraba muuy rumboso en sus orgías carnales.



Las concesiones sexuales se brutalizan...

Cuando al despertar se dió cuenta "Dulzura" de que era ya día claro, se asustó.

—¿Eso qué es? ¿He pasado la noche aquí? ¿Contigo?

—Así parece. ¿Te sabe mal?

—¡Dios mío! Eso es una locura. Abre la puerta.

—Espera, mujer. A lo hecho, pecho. Lo mismo da.

—Te digo que abras o salto por la ventana.

—Bien, vete. Pero eso lo acabaré yo y pronto.

Pero al rufián no le conviene acabarlo. No está en fondos. No tiene las cosas preparadas. Habla con la vieja criada, a la que cita en un bar.

—Vea de convencerla. Necesito unos días. Además, no tengo los papeles aquí para casarme.

La vieja arpía le mira con un guiño.

—¿Casarse? ¿Van a casarse?

Le mide de pies a cabeza.

—O algo así — aclara él, tanteando el terreno.— Usted no tendrá motivo de

queja. Ayúdeme y yo me portaré bien con usted.

Surgen aplazamientos para la fuga. Un mes, dos, medio año. "Dulzura" es ya la concubina de dos hombres. Le gusta el nuevo ambiente. Se siente bien en él. Su alma de "vampa" se regodea en el cieno. "Dulzura" es una pequeña bestezuela que se adapta a todos los medios, por equívocos, por atroces que sean. Tanto se adapta, con tal inconciencia actúa, que en su propio piso, en su propia cama, en el mismo hueco, aun tibio, que momentos antes ocupara Pablo, se refocila con el rufián. La pobre enferma no se da cuenta de lo que ocurriría si Pablo descubriera aquella monstruosidad. "Dulzura", como Carmen y como Manón, es de las que, sin saberlo, sin darse cuenta, llevan a un hombre a presidio.

Cuando el rufián, a favor de unas estafas que acaba de realizar le dice: "¡Ahora!", "Dulzura" se asusta. De súbito se da cuenta de la enormidad de su proceder y no se atreve a seguir hasta el fin. Tiene miedo. Un miedo atroz. En las angustias, descubre una cosa rara: que algo que ella no sabe exactamente lo que es, la ata al padre de su hija y que en el corazón se le produce un inexplicable vacío cuando piensa que habrá de abandonarle. "Espera. Unos días — suplica. — Me dió ayer mucho dinero. Sería robarle."

Otro mes. El galán apremia, amenaza con hablar, con decírselo todo a Pablo. "Dulzura" es ya un muñeco sin voluntad en sus garras. Se debate, quiere rebelarse, pero viendo que toda resistencia es inútil, bebe...

Así, bebiendo, no se da tanta cuenta de la dulcedumbre, de la hombría de bien que emana de las pupilas del padre de su hija.

Cuando, al fin, el rufián le plantea la cuestión con caracteres inaplazables, no encuentra "Dulzura" más solución que la huída. Se acobarda, se apelotona en sí misma. No se atreve a afrontar a Pablo y confesárselo todo en espera de uno de aquellos generosos perdones tantas veces otorgados. Recurre a un ardid: ya que ella no se siente con fuerzas para decírselo a Pablo, procurará que se entere por otros conductos. Y a cuantos amigos de él se cruzan en su camino les dice, con afectado misterio: "¿Sabe? ¡Le dejo! Me voy con otro." Espera ella que los amigos hablarán, pero nadie se atreve a hacerlo. El rufián exige, con imperio:

—Te doy dos días de tiempo.

No queda ya esperanza alguna para ella. ¡Hay que huir! ¡Hay que dejar a aquel hombre que ahora siente en la plenitud del corazón! Todavía le queda una carta y la juega: recoge toda su ropa, sus frascos, sus perfumes y los mete en el baúl. A Pablo le extraña aquel vacío. "Es que estamos haciendo limpieza", aclara ella sin convicción, con una sonrisa que quiere ser pícara. La buena fe de Pablo le hace aceptar como buena aquella explicación. "Dulzura" llora, se desespera interiormente. Todo le sale mal. ¡Ah, si ella fuera valiente! Pero no lo es, no lo es...

Mientras toman apaciblemente el café, coge ella un maletín cubierto de polvo y escribe en él con el dedo: "¡Qué tonto eres!". Pablo sonríe, le da un beso y le dice al oído:

—Esta tarde es toda para ti. ¿Quieres, "Dulzura"?...

¡Cómo se le entregó, la pobre! ¡Con qué locura, con qué frenesí le ofrendó en su postrera orgía, todos los tesoros de su cuerpo de diosa!

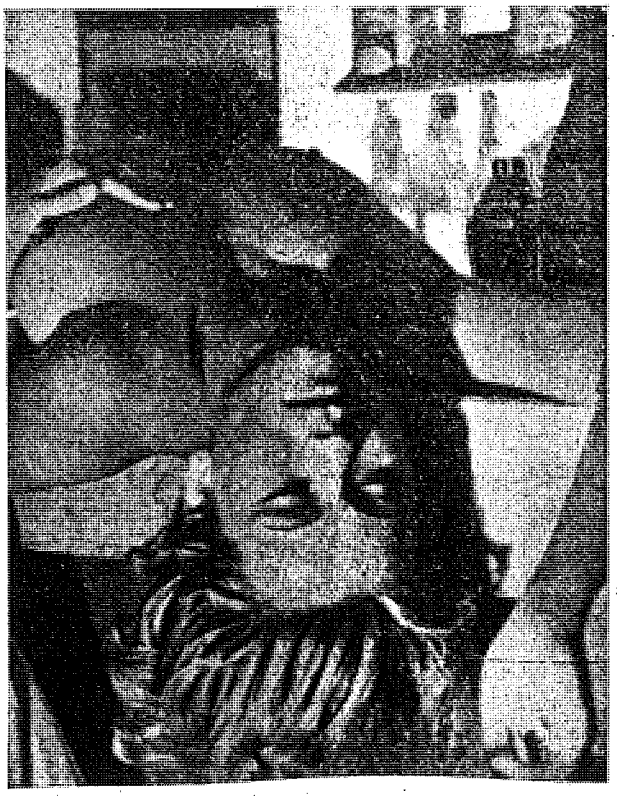
Al otro día, vacía el piso. Lo malbarata.

—¡Mamá! ¡Mamá! — llora la niña. — ¡Se llevan mi cunita!

"Dulzura" queda aturdida ante aquella inesperada protesta de su hija. Quiere sonreír y un lagrimón se le escurre por la mejilla. En el coñac halla el olvido.

* * *

Unos días después, la niña ya tiene padre. Pero ese padre no es el que la engendró. "Dulzura" en realidad, no se ha dado tampoco cuenta de lo monstruoso de esta cesión de sangre. "Dulzura", de ser un monstruo, ignora siempre, siempre, que lo sea. No hay en ella, en sus acciones, en sus actos, en sus impremeditadas decisiones, ni bondad ni maldad. La inconciencia manda en ella y es oriente único de su vida. ¡Pobre "Dulzura!... ¡Ella qué sabe lo que es el bien y lo que es el mal!... Va por el mundo como una brizna perdida en el espacio y llevada por todos los vientos. No se la puede, no se la debe culpar de nada. Su pobre cerebro, retardado, lento, no da para más.



Su alma de "vampa" se regodea en el cieno

La huída del rufián, se traduce en una serie de denuncias por las estafas realizadas. La policía entra en acción. Indaga, husmea. Junto a la ficha del maleante, se establece otra: "Dulzura, la Boba, su amante y cómplice"...

El vampiro es cobarde. Se da cuenta de su peligrosa situación, y se esconde como una alimaña. El dinero se agota.

—Ya ves, no puedo sa-

lir; me echarían el guante...

—¿Quién? — pregunta "Dulzura", que, como siempre, ignora todo.

—¡Tú dirás! ¡La policía!

—¿La policía? ¿Qué has hecho?

—Nada. Gente que me quiere mal. Sal tú. Hay que pagar la pensión o nos echarán.

—¿Que salga yo? ¿A qué?

—Comprende, mujer. Yo no tengo dinero y hay que buscarlo.

"Dulzura" sonríe. Por primera vez en su vida se advierte un rictus de amargura en su sonrisa. "¡Dios mío, Dios mío! ¿A dónde llegaré?", se pregunta. La infeliz no descubre que no ha de llegar a sitio alguno. Que ha llegado ya. Que está al fin. Que los padres de la nena son "la Boba" y "el Dandy", peligrosos maleantes que a no tardar habrán de caer en las garras policíacas, que su cuerpo se vende a cualquier postor sifilítico a cambio de unas monedas que devorará el rufián, el chulo, el cabrón...

"Dulzura" llora, llora mucho y de vez en cuando, al dar un beso a la nena, piensa en los ojos de aquel hombre a quien engañó, tan llenos de bondad, tan apacibles, tan tristes...

Un gran peso en el pecho no me deja continuar en mi relato. Me asfixio. Un sudor frío baña mi frente.

—No puedo más, Costa, no puedo más...

—Descansa.

—Si no es eso; no es fatiga. Las emociones son demasiado fuertes para mí. Evoco en carne viva y mi pobre corazón va quedando en girones en el relato. No puedo... no puedo... ¡Aire!... ¡Aire!...

Las manos de Costa se posan sobre mis hombros; me zarandea.

—¿Qué te ocurre, Luis? Estás lívido... Más que lívido, verde...

—No sé... aquí... en el pecho... un caballo desbocado... salta, piafa, galopa...

Costa corre al hotel y regresa a poco con algo que me da a beber.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. Gracias.

Amanece. La montaña aparece ante nosotros con la maravillosa policromía de sus verdes frescos, brillantes, por efecto del rocío. Más allá de la ciudad, se extiende el mar y fulge en tornasoles metálicos. Voy entrando en los deleites de una beatitud apacible, dulzona.

—Mira, Costa, allí, lejos, en el horizonte, va surgiendo el sol de las aguas marinas... ¡Oriente! Allí, junto al sol, estará Orán, ¿verdad?

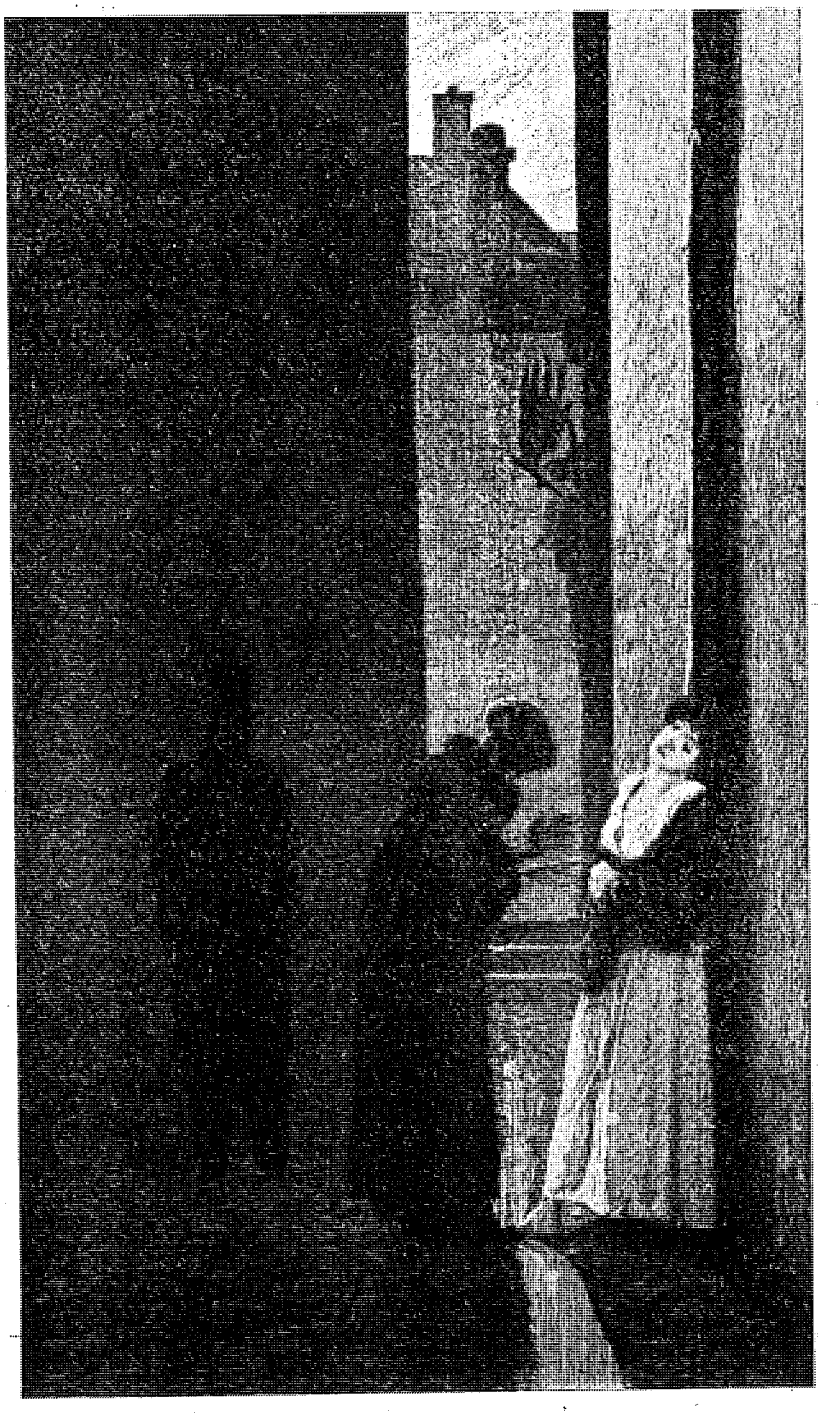
—No te fatigues. Descansa.

—Lejos... muy lejos... ¡Siempre, siempre donde estuvo ella, estaba el sol!... Era mi sol, mi luz... Ya no está... Ya se apaga...

Un mordisco en el corazón me dobla sobre mis muslos, me desgaja. Costa trata de incorporarme.

—¡Luis, Luis! ¡Haz un esfuerzo! ¡Recóbrate!

La sensación de desgarro, de navajazo, va cediendo. Aspiro las fragantes brisas resinosas de los pinares húmedos, el so-



...que su cuerpo se vende a cualquier postor sifilítico...

siego vuelve a mí. Mis pupilas quedan prendidas en el horizonte, vagarosas, inciertas.

—¡El sol!... ¡Cuando él se apaga, se extingue también la luz del corazón, Costa!

El sopor, la modorra, se apoderan de mí.

Costa me sacude.

—¡Luis! ¡Luis! Despierta.

—Dame la mano... necesito una mano amiga, muy amiga... Ahora escucha: no me llamo Luis... Me llamo Pablo... ¿Comprendes?... Pablo... Y ella está allí, lejos, en Orán... Ella, tan poquita cosa... Tan asustadiza... Sin una voluntad generosa que la guíe... Perdida para siempre en el mar revuelto del vicio, del hampa, de la miseria, de la roña... Me la robó él... Joaquín... ¿Te das cuenta ahora?...

—¿"El Dandy"?

—Sí... "El Dandy"... El rufián...

Costa se estremece ante la inesperada revelación, recuerda la escena del puerto y ve mi puño cayendo como una catapulta sobre el rostro del truhán.

—Bien — barbota para decir algo. — No te preocupes... Anímate...

Se hace un silencio prolongado, denso. Aletea sobre nosotros la tragedia de "Dulzura". En el rostro de Costa descubro una mueca de horror indecible. Le estrecho la mano y de nuevo me entrego a mis ensoñaciones.

—¡Mira el sol cómo nace! ¡Parece una hostia inmensa de fuego surgiendo de las aguas! ¡Se agranda, se inmensifica, llega a cubrir el firmamento! Y allí, en medio del sol, están sus ojos claros, tranquilos, inocentes, y me miran y vienen a mí... ¡Desabróchame! ¡Déjame el pecho desnudo! ¡Quiero sentirlos aquí, sobre el corazón!... Sus ojos infantiles... Sus ojos inocentes... ¡Esos no me los robó! ¡Los tengo aquí... aquí... en el corazón!... ¡Son míos!... ¡Míos!...

Percibo en la frente, febril, sudorosa, la caricia de la mano de Costa.

—Vas a enfriarte.

—No temas. Así estoy bien. Gracias, Costa, gracias.

—Descansa.

—¿Más aun? ¿Recuerdas la rima becqueriana?

Hoy la tierra y los cielos me sonríen;
hoy llega al fondo de mi alma el sol;
hoy la he visto... la he visto y me ha mirado.
¡Hoy creo en Dios!

—No te fatigues, Pablo.

—Si no es fatiga, Costa: es goce. ¡Qué bien se está así! ¡Qué tibio es el sol!

—¿Te sientes mejor? ¿Te abrocho?

—No... quiero el sol aquí... aquí... Soy feliz. Mi corazón se derrite en el deleite. Menudos oleajes surgen de él y se derraman por todas mis arterias. Es como si se bañara en suaves linfas de rocío. ¡Qué bienestar, Costa, qué bienestar! ¡Mira la maravilla del paisaje florecido! ¿No oyes el trino de los pájaros? ¿No te encanta el susurro de la selva? ¿Y el mar, no ves el mar? ¡Cómo fulge! ¡Si es un áscua de oro! Y sobre su tersa superficie, quieta, inmóvil, encantada, un bergantín azul, airoso, grácil, confiado, avanza hacia el horizonte! ¡Qué maravilla, Costa, qué maravilla! El bergantín lleva a remolque una lanchita del color de las rosas. Ahora se van... Aprisa... Huyen... Ya están lejos... Muy lejos... ¡Adiós, mi bergantín azul! ¡Adiós lanchita del color de las rosas!... ¡Adiós, navecillas sin rumbo, sin norte, sin timón!...

—No hables tanto. Te exaltas.

—Ya no las veo. ¿Qué ocurre, Costa? ¿Oscurece? ¡Abreme los ojos! ¡No los quiero cerrados!... ¡Quiero verlas!... ¡Quiero verlas!...

Lejana, muy lejana, como si fuera el percutir de un címbalo, oigo la voz de mi amigo:

—Me asustas, Pablo. No comprendo. Tus ojos están abiertos, dilatados; se te saltan las pupilas. ¡Cierra estos ojos, ciérralos! ¿Me ves?

—No... no... tinieblas... El sol se va... se va... se va ...

LAURA BRUNET

Biofilia

Aparece el 15 de cada mes

REVISTA MENSUAL DE CULTO A LA VIDA

Dirección literaria:
LAURA BRUNET

Dirección artística:
JOSE ALLOZA

Redactor-jefe:
MARIANO VIÑUALES

Estudios sociales. Inquisiciones acerca del problema sexual. Análisis científicos de cuantas prácticas y dogmas esclavizan al hombre. Postulado biófilo en todos los aspectos humanos.

Precio del ejemplar: 60 cts.
Suscripción:
Un año: 7'— ptas.
½ año: 3'50 ptas.
Se admiten giros postales y sellos.
Redacción y Administración:
Bou de San Pedro, 9
Barcelona



Madame Pompadour, cuadro de Boucher

Luis XV, el reinado de la voluptuosidad

SI tratáramos de hallar la causa del renacimiento de la antigüedad pagana en el siglo XVIII, tendríamos que buscarla en el doctrinarismo rígido de la teocracia medieval.

La coerción de la libre expansión del impulso genésico provocó una serie de rebeliones sexuales que habían de cristalizar en aquellos ritos o prácticas, extraña mezcolanza de misticismo y satanismo, que conocemos con el nombre de reuniones sabáticas, misas negras, etcétera. Fatalmente tenía que ser así. La naturaleza, el sexo, es más fuerte que las órdenes de los obispos. Y la eroticidad, reprimida por las sanciones religiosas, buscó en la clandestinidad la expansión que le estaba vedada.

En vano los Padres de la Iglesia rodean el acto carnal de una aureola vitanda, pecaminosa y repulsiva. Y, para hacérnoslo abominable, San Pedro Crisólogo dirá que la mujer es *autora del pecado, piedra del sepulcro y puerta del infierno;* San Antonio de Florencia formulará que la mujer *no es un ser humano, sino una bestia o, mejor aun, el mismo demonio;* el Damasceno, que *es centinela del infierno, mala bestia, lombriz feísima que habita en el corazón;* San Anselmo, que es *materia inmunda*, y, finalmente, como digno colofón a todo ese montón de baba que el despecho clerical arrojó sobre "nuestra cara mitad", y olvidándose de qué mujer había sido la que le diera el ser, San Bernardo sentenciará que *los Concilios que negaron que la*

mujer tuviese alma, estuvieron bien inspirados.

Pero a despecho de todos esos improperios contra las disposiciones de los canonistas y las decretales de los Concilios, la mujer triunfa y se sale con la suya. El sexo se rebela e impone sus deliciosas hegemonías, sometiendo a su poderosa influencia a toda la sociedad sin distinción de rangos y jerarquías. Y no basta para reprimir sus excesos la proximidad del Juicio Final, que el clero anuncia para el año mil. Esto, lejos de frenar la eroticidad de las gentes, despierta en ellas un ansia frenética de cobrarse por adelantado de las torturas, cuyo principio tan cercano se vaticina. Y esta ansia, este anhelo, este frenesí de gozar se manifiesta en una orgía desenfrenada, que da origen a las noches sabáticas, a los ritos luciferarios, misas negras, etc., en las cuales la lujuria de los concurrentes recorrió toda la gama de extravíos del delirio lúbrico más exaltado.

Pasó el año mil sin que se alterase en lo más mínimo la Estática del Universo. Y la Iglesia, burlada por el Cosmo, reconociéndose impotente para reducir al hombre a la abstinencia sexual por ella establecida, intensifica de una manera brutal la represión de las "abominaciones de la carne". Legisla contra el sexo, para el cual inventa todo un código penal con sus sanciones correspondientes, hasta el punto de que todas las manifestaciones del amor, perfectamente clasificadas, quedan encasilladas en el articulado arbitrario de sus leyes estúpidas. ¡Torpeza insigne! Los mismos clérigos se insurgen contra la castidad absurda que decretan los Concilios. Y a pesar de las restricciones canónicas, no refrenan sus impulsos naturales. Al contrario, sostienen esposas barraganas y queridas que todo el mundo conoce. Dan rienda suelta a sus pasiones, pudiendo vanagloriarse de presentar como ejecutoria de aquella "su" revolución sexual la siguiente estadística, perteneciente a las diócesis de Francia bajo el pontificado de San Silvestre:

Había en las diócesis francesas 1.018.783 clérigos, que sostenían relaciones amorosas con 1.161.754 mujeres casadas y con 1.406.113 solteras, de las que obtuvieron 1.121.138 bastardos. De estos clérigos, 39.983 eran dados a vicios feos, dice Cornelio Agripa, y éstos sostenían a 260.000 rufianes.

Tal fué la obra del celibato religioso. Y a juzgar por ella, desastrosa tuvo que ser en los otros sectores sociales, cuya dirección espiritual estaba encomendada a seres que, desprovistos en absoluto del verdadero sentido de la moral sexual, conocían, en cambio, las aberraciones más asquerosas del libertinaje de los sexos.

LUIS XV

Parece ser —y en ello están de acuerdo gran parte de los historiadores— que Luis XV habría morigerado las costumbres de la corte a pesar de los lazos que para hacerle fracasar se le tendía. Casado con María Lekzinscka, mujer bella y virtuosa, pero fría y un poco devota, hacia la cual se sentía ardientemente inclinado, Luis, que entonces era un adolescente, rechazó cuantas ofertas tentadoras se le hicieron para corromperle, con las siguientes palabras: "La reine est encore plus belle".

Pero la turba de cortesanos, que recordaban con cierta añoranza las orgías escandalosas de la regencia, resolvió tener un rey libertino, ya que de un rey morigerado —tal afirmaban los intrigantes— nada podían esperar. El cardenal Fleury, que aspiraba a concentrar en su persona todos los resortes de la gobernación del país, en complicidad con la princesa Carignan, gobernadora del cardenal y —al decir de malas lenguas— su dama de yacija, convinieron —de acuerdo, desde luego, con la corte— en que, puesto que el rey, tarde o temprano, habría de tener barraganas, más valdría que las tuviese cuanto antes, siempre que se las proporcionasen manos experimentadas. Y ni que decir tiene que estas manos experimentadas habían de ser las de los jesuítas. No podían ser otros.

Urdióse, pues, el siguiente plan. La reina tenía por confesor a un jesuíta, faltaba sólo cambiarle al rey el confesor por otro jesuíta. Y así se hizo. Y como era de esperar la maniobra dió pronto el fruto apetecido. El confesor de la reina dió a entender a su soberana que habiendo cumplido los deberes de su estado, asegurando la sucesión del trono, sería muy edificante ante los hombres y muy meritorio ante Dios, que en lo sucesivo se abstuviese de los placeres carnales en cuanto le fuera posible y se inmolase en aras de la castidad, virtud ésta la más excelente de todas las virtudes cristianas. El otro jesuíta, el confesor del rey insinuó a su penitente, que un rey se debe a las exigencias de la corte y que en atención a su alta jerarquía, Dios *hará la vista gorda*, dispensándole de... (Vale más que pongamos puntos suspensivos, amigo lector.)

Tanto la reina, que según hemos dicho era algo beata, como el rey, que a la sazón estaba en la edad de las grandes pasiones, dieron oídos a las sutilezas de sus confesores. Y una noche, al intentar Luis XV, que estaba completamente borracho, acostarse con su mujer, fué rechazado brutalmente por ella, ofendida. Este incidente motivó la ruptura definitiva entre los esposos. Luis XV salió del dormitorio de María Lekzinscka en el que no volvió a entrar más, para arrojarse en los brazos de la condesa Mailly, a la cual abandonó, para suplantarla por su hermana la condesa de Vinti-

mille, substituída más tarde por su hermana menor, la duquesa de Châteauroux, que esclaviza al rey, se apodera de su voluntad, inicia su decadencia, obligándole a dar el primer paso bajo las Horcas Caudinas de la pasión.

A partir de entonces, Luis XV reanuda la escandalosa orgía que iniciara su abuelo, Luis XIV, y que el duque de Orleans, regente durante su minoría de edad, llevó a extremos inauditos. Y los cortesanos, que añoraban los ocho años de la regencia, durante los cuales la corte vivió en perpetuo desenfreno, se frotan las manos con cierta fruición, prometiéndose una nueva era de crápula. Y su presentimiento no les engañó.

Con la Châteauroux se inicia el reinado de las favoritas, reinado que la sátira popular denominó con los nombres de Cotillón I, Cotillón II y Cotillón III, esto es: Châteauroux, Pompadour y Dubarry, los tres momentos del reinado de Luis XV, en que la pornocracia o sexocracia alcanzó su máximo apogeo.

Pero antes de continuar, bueno será que hagamos alto en nuestro deambular por los jardines edénicos de Versalles y explayemos nuestra mirada por todo el inmenso escenario en que tuvieron que moverse estas figuras, pobres marionetas a merced de las veleidades fatalistas de la epoca. Tal vez así no nos parezcan tan culpables.



El amor hace ofrendas a Ariadna, de Bonnet



El rapto y el incesto estaban a la orden del día

LA EPOCA

El siglo XVIII es el siglo de la voluptuosidad. Tal ha dicho Goncourt y tal nos lo pinta la producción literaria contemporánea, de entre la que merece destacarse la de Saint-Simón, Restif de la Bretonne, Cauderlos de Laclós, el abate Prevost y otros que fuera prolijo enumerar. Entre éstos hay un autor, Francisco Antonio Chevrier, que con su "Vendedor ambulante", nos ha legado el cuadro más realista de la vida social de su tiempo. Leyéndolo se pregunta uno:

Pero, ¿es posible que la mujer llegara a tales extremos de descoco? Es posible, máxime tras un período de meticulosa y rígida reglamentación sexual, como el de la Edad Media. Hay que tener en cuenta, además, que con el Renacimiento el pensamiento había conquistado su libertad. Y una de las numerosas consecuencias sociales de esa conquista fué la liberación de los sexos, que despiertan a una vida de nuevo recobrada a las dulces epifa-

nías de la voluptuosidad pagana. ¿Cómo iba a resistir la mujer, si todo a su alrededor conspiraba contra ella, contra su pudor?

¡En el reinado de Luis XV el renacimiento del paganismo antiguo alcanza todo su auge. Un vendaval de sensualidad se cierne sobre Francia como el huracán de una tempestad. Todo lo abate, todo lo arrolla y destruye sin respetar ni los mismos sentimientos. De las grandes virtudes individuales y colectivas de los tiempos heroicos, no queda nada. El heroísmo, el honor, la grandeza, la virtud y hasta la misma religión sucumben y desaparecen al paso arrollador de las ninfas y los faunos, de las diosas y de las bacantes, cuyo retorno saludan los poetas y los pintores, los filósofos y los literatos, los cinceles y los buriles, la gubia y el martillo en un cántico prodigioso, eminentemente sensual, que es como un inmenso *Pervigilium Veneris*. Nos hallamos en plena epifania de la carne, del sensualismo más licencioso. Epicuro ríe en Versalles y sus carcajadas hallan ecos hasta en las chozas de los humildes vasallos del Rey-Sexo. Psiquis retorna. Citerea llega, escoltada por bandadas de palomas helénicas, que runrunean en deliquio amoroso, voltigeando en torno de los tálamos, en donde Príapo y Venus se estremecen de placer en un espasmo constantemente renovado. Es la Grecia antigua que renace; la Atenas de Glicera, de Mirriña, de Friné, de Diógenes que se mansturba *coram populo* y de Crates, que gozaba públicamente a su amada Hiporquia. Y con ella renace también la filosofía de los cínicos, que transforma la coacción social en tolerancia, a cuyo favor la libertad sexual deviene culto desenfrenado a la voluptuosidad.

Todo contribuye a ese culto. Los pintores aderezan el escenario de esa orgía sin término, exornándolo con una exuberancia de carnes rosadas, en una inmensa guirnalda de diosas, de ninfas, de nereidas, de sátiros y de faunos que exaltan las paradisíacas voluptuosidades de los goces carnales. La voluptuosidad de la mitología antigua invade todos los lugares, se apodera de todos los objetos y se infiltra en el alma de los artistas, cuya inspiración alimenta. Watteau traduce sus voluptuosidades dulces y serenas en la tibia melancolía de los bosques de fronda otoñal. Fragonard se complace en las *deshabillés* picarescas, en los cielos irisados por la carne de sus diosas, en cuyas desnudeces ríe su voluptuosidad de goloso sibarita. Boucher, el pintor de la mitología galante, obsesionado por el sexo y aguijoneado por la sensualidad, que es el alma de toda su obra, desnuda a todas sus divinidades, a todas sus ninfas, a todas sus mujeres, con una intención perversa y festiva a la par. Y Bennet, el pintor de las actitudes laxas, de los dulces abandonos... Todos se ufanan, hasta agotar los recursos de su genio y los matices de sus paletas, para *colorear* ese escenario, paraíso sin par de lascivias insaciables y de sublimes impudicias.

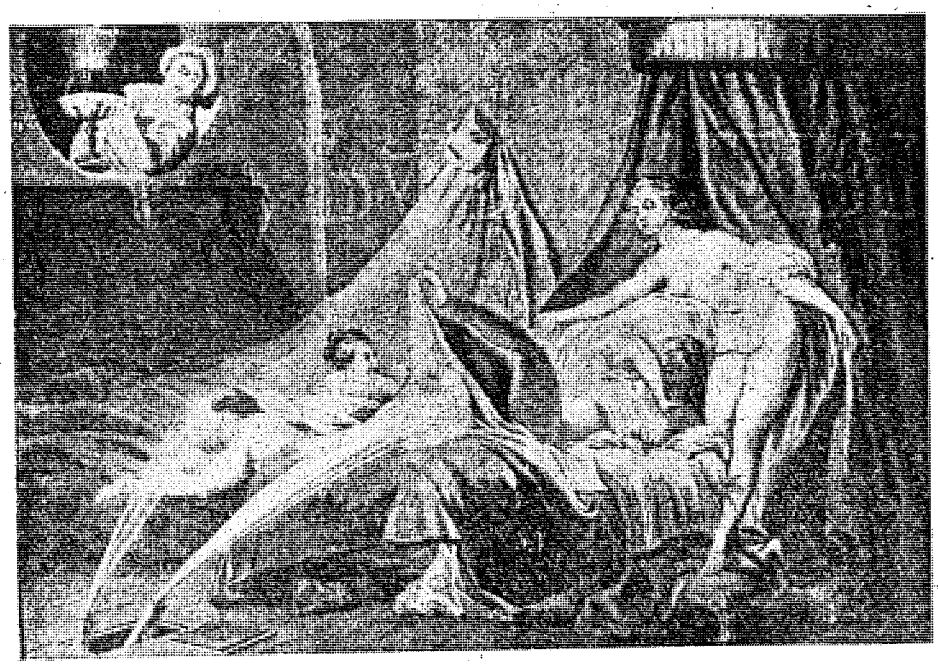
Y los escultores y los orfebres amontonan allí maravillas: bacantes y sátiros en los combates amorosos, sobre las consolas, invitando al orgasmo sexual; enormes príapos de oro eyaculando torrentes de luz, que irisaba en las carnes desnudas de las damas; estatuillas de mármol, representando los extravíos de la pasión; espejos, que mulplicaban, reflejándolas, las espléndidas desnudeces de la mujer; otomanas de terciopelo en la penumbra sabiamente calculada, incitando al abandono de las caricias venusinas. Y todo ello en gabinetes sibaríticos, salones magnificentes, cenáculos íntimos, que rivalizaban por su riqueza, sus pinturas, sus dorados, sus pórfidos, sus mármoles, su plata y su oro, dispuesto todo, sabiamente combinado todo para provocar la eroticidad en los organismos más cansados.

Y como si no bastase para enardecer a los espíritus el espectáculo de todas esas maravillosas obscenidades, los poetas parafrasean los exámetros sensualistas de Ovidio y los sáficos retozones y festivos de Anacreonte. Su poesía glosa los escarceos libidinosos del *Ars amandi*. Es una jaculatoria de deseo, una salmodia frémita y sollozante de avideces sexuales insatisfechas, de sutiles ansias lujuriosas, de una insaciable sed de sexo. Y sus endechas y sus trovas y aun sus mismos epígramas rezuman voluptuosidad, una voluptuosidad cálida que gravita en la atmósfera social sobre todas las cosas y sobre todas las personas, provocando en la carne un frenesí morboso, una locura frenética por saborear todos los placeres, por conocer todas las *perversiones* y satisfacer las curiosidades de los sentidos extraviados por el paroxismo dionisíaco de la época.

¿Cómo había de producirse la mujer en un medio en el que todo la invita a recuperar la libertad a usar de su sexo, su arma más poderosa para dominar al hombre? Todo se conjuraba en su favor y en contra de la escolástica de rigideces implacables que durante siglos había sofocado sus naturales anhelos de vivir, negándola hasta el derecho a la propiedad de su sexo. Facilidades, seducciones, costumbres, prácticas, modos, todo parecía confabularse para devolverla su perdida libertad.

Por otra parte, la corrupción de la sociedad, ese espectáculo de la impudicia general, había eliminado en la mujer hasta los últimos vestigios de su pudor, de forma que cuando el amor se presentaba a su pensamiento ella no contaba para rechazarlo ni aun con su fuerza personal. Era en vano que apelase, contra la tentación de esta palabra y de las imágenes inefables que provocaba en su magín, a todo su poder físico. Sus esfuerzos por salvar de la corrupción general lo que ella creía que perduraba en su alma de pudor moral resultaban estériles. Cuanto hallaba a su paso, todo lo que oía y veía turbaba su imaginación y debilitaba su voluntad. Por doquier alzábase

la tentación, quebrantando la paz de sus sentidos, irritando los apetitos de su fantasía y exacerbando la curiosidad de sus caprichos. ¿Iba ella a cerrar los ojos y a taparse los oídos para no ver ni escuchar las bellas imágenes y las músicas deliciosas que giraban en su torno con la fugacidad de las horas apremiantes invitándola a detener el tiempo en la sacudida espasmódica de un instante de placer. ¿Para qué? La misma religión, rectora de su vida espiritual había destruído sus temores al infierno, al defraudar sus esperanzas en el cielo prometido. Nada queda en pie de sus creencias religiosas. El materialismo filosófico, que había penetrado en su alma, saturándola de efluvios de paganía, había sensualizado sus sentimientos. El amor no era ya la pasión que inmortalizara Shakespeare en su drama. El amor en el siglo XVIII era el goce, el orgasmo carnal, la epilepsia espasmódica de los sexos, de la carne, libre de los cilicios y disciplinas monacales del medioevo oscurantista y clerical. Todo el siglo XVIII es una llamarada de voluptuosidad y de deseo, de erotismos insatisfechos y de embriagueces renovadas. La ninfomanía y el furor erótico, eran endémicos. El goce era la única aspiración social del siglo. Y, para llegar a él, todos los caminos eran fáciles, todos los medios lícitos. El matrimonio había venido a ser un acto meramente espectacular, un simple contrato social, en el que se vinculaban dos nombres, pero que dejaba en plena libertad de acción a los contratantes, para hacer de su sexo lo que les viniera en gana. Ni el marido mediatizaba la libertad sexual de la mejor esposa; ni ésta se oponía al libertinaje de aquél. De ahí que el adulterio no ofreciese incentivo alguno. En cambio el rapto y el incesto, se generalizaron de tal forma, que estaban a la orden del día. Y ahora una pregunta: ¿podía la mujer mantenerse sin abrasarse en medio de esa llamarada de voluptuosidad, de esa orgía de lubricidad? Y esto, cuando ni siquiera se le enseñaba a la mujer el pudor, sino que, por el contrario, se procuraba borrar lo que en ella podía haber quedado de instintivo. ¿Cuál, pues, había de ser la conducta de la mujer en un medio en que el sexo había impuesto su soberanía dictatorial, sus hegemonías despóticas, erigiéndose en musa del siglo, numen de la sociedad, de las artes, de las costumbres y de la moda? Repitámoslo: o la mujer había de ser todo sexo, o perdía su condición femenina.



Los juegos de agua, de Fragonard

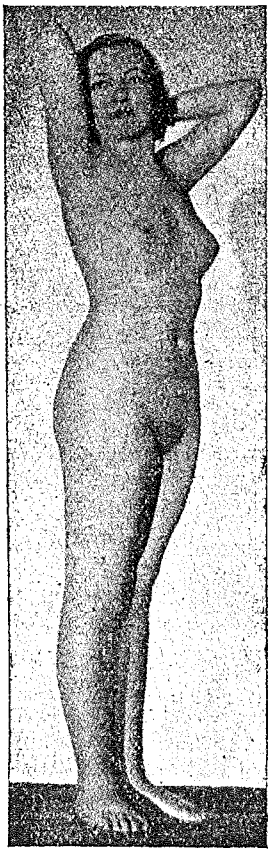


La modelo dispuesta, de E. Schall, alusión a la duquesa de Chartres y Boucher

Mariano Viñuales

Problemas sexuales

Deficiente interpretación de las leyes



No estamos muy lejos aun de los tiempos en que un marido "ultrajado" podía matar impunemente a su mujer si la sorprendía en flagrante delito de adulterio.

Es decir: mataba amparado por la ley, tenía derecho al asesinato para "lavar" su afrenta.

Y si el marido engañado no lo hacía así por razones sentimentales o por ética personal, difícilmente podía blasonar de "caballero". Con un Código así ha vivido España hasta hace muy pocos años; un Código que coaccionaba al minotauro hacia el asesinato.

Naturalmente que tan expeditivo procedimiento para la limpieza del honor, propio de la Edad Media y de los países salvajes, no podía ser amparado por la ley en pleno siglo XX; ni aun en España.

Por otra parte, al advenimiento de la República se desempolvó la vieja legislación acerca del sexo, se promulgaron leyes más de acuerdo con las necesidades de nuestro tiempo y más afines al sentido de la nueva moral.

La más importante entre las leyes promulgadas fué la del divorcio.

En nuestro país, intoxicado por una moral arcaica, dicha ley representó un gran avance. Pero, ¿qué puede la letra legal sino es interpretada por un espíritu moderno abierto a todas las ideas que evolucionan el mundo. un espíritu controlado por un conocimiento profundo de los infinitos matices que concurren en las manifestaciones sexuales?

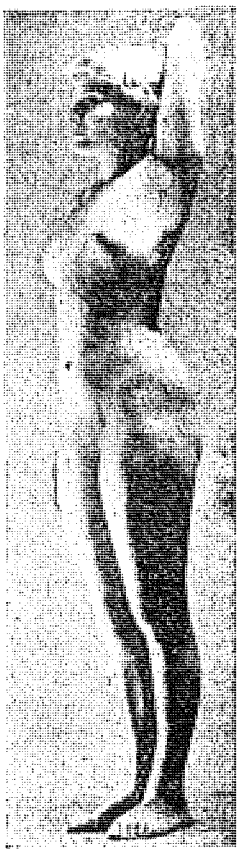
Porque la ley del divorcio, por muy bien redactada que esté, no podía prever todas las gamas que den lugar a una separación conyugal.

Fallar con justicia en estos casos corresponde a un jurista humano, no a un rutinario apegado a la técnica legal.

Desgraciadamente a este último tipo pertenecen la mayor parte de los legistas españoles; tienen anquilosado el cerebro y fosilizado el espíritu con los moldes de la vieja moral. Sus fallos no pasarán del estrecho margen de la ley, no le darán a la letra escrita la agilidad humana que desearan el sociólogo, el psicoanalista y el biólogo y mucho menos la generosa amplitud ambicionada por un biófilo.

En estas condiciones, agravadas por los trámites lentos de la justicia, no hay, por ahora, solución adecuada a los problemas conyugales. O se eternizan las demandas de divorcio entre los covachuelistas o bien se falla brutalmente por la separación de los cónyuges sin detenerse a estudiar las causas que hayan provocado el adulterio. Y concretamos adulterio, por ser en España casi único motivo, hasta ahora, para entablar demanda de divorcio.

Nuestros leguleyos no quieren saber nada de todos esos modernismos de los psicoanalistas y de los sociólogos y de los biólogos; no quieren saber nada de esas sutilezas del sexo de que hablan los biófilos; no quieren saber nada de esas cosas que se les antojan bonitas especulaciones cerebrales.



Para nuestros leguleyos la cuestión es más simplista que todo eso. ¿Existe o no existe adulterio?, inquieren.

Pues si existe fallemos de acuerdo con la ley, y si no existe... ¡todo puede arreglarse! Son así nuestros leguleyos.

Para ellos los íntimos deberes matrimoniales son muy simplistas: cohabitar y reproducirse dentro de una extricta fidelidad conyugal. Y no se les ocurre pensar ni investigar si las causas conducentes al adulterio emanan de factores psicofisiológicos negativos del acto sexual y que para remediar los efectos de esas causas precisa, en la mayoría de los casos, la intervención, no del juez, sino del médico psicoana-

lista. Pero, hasta ahora, el médico no interviene en los asuntos de divorcio.

—¿Para qué?, dirán los técnicos legistas; y añadirán: estas son cosas que resuelve el juzgado. Así lo creen ellos: que resuelven "esas cosas".

Hay muchos matrimonios en que el malestar que conduce al adulterio podría desaparecer mediante la dirección del sexólogo.

Pero imaginemos que el adulterio se haya consumado y analicemos las posibles causas que lo han provocado.

Una mujer físicamente débil, o enferma o de temperamento frígido, difícilmente podrá satisfacer sexualmente a un hombre normal. Si el hombre, ateniéndose a sus derechos de marido, se impone a la resistencia de su esposa es indudable que actúa legalmente para satisfacerse. Y la ley aprueba esta conducta. Pero humanamente considerado comete una violación, un estupro salvaje.

Un marido razonable, en este caso, puede optar por conciliar su estado legal con su satisfacción sexual.

Para ello tendrá que recurrir a los servicios de una prostituta o entregarse a los escarceos de una aventura amorosa.

En ambos casos comete adulterio.

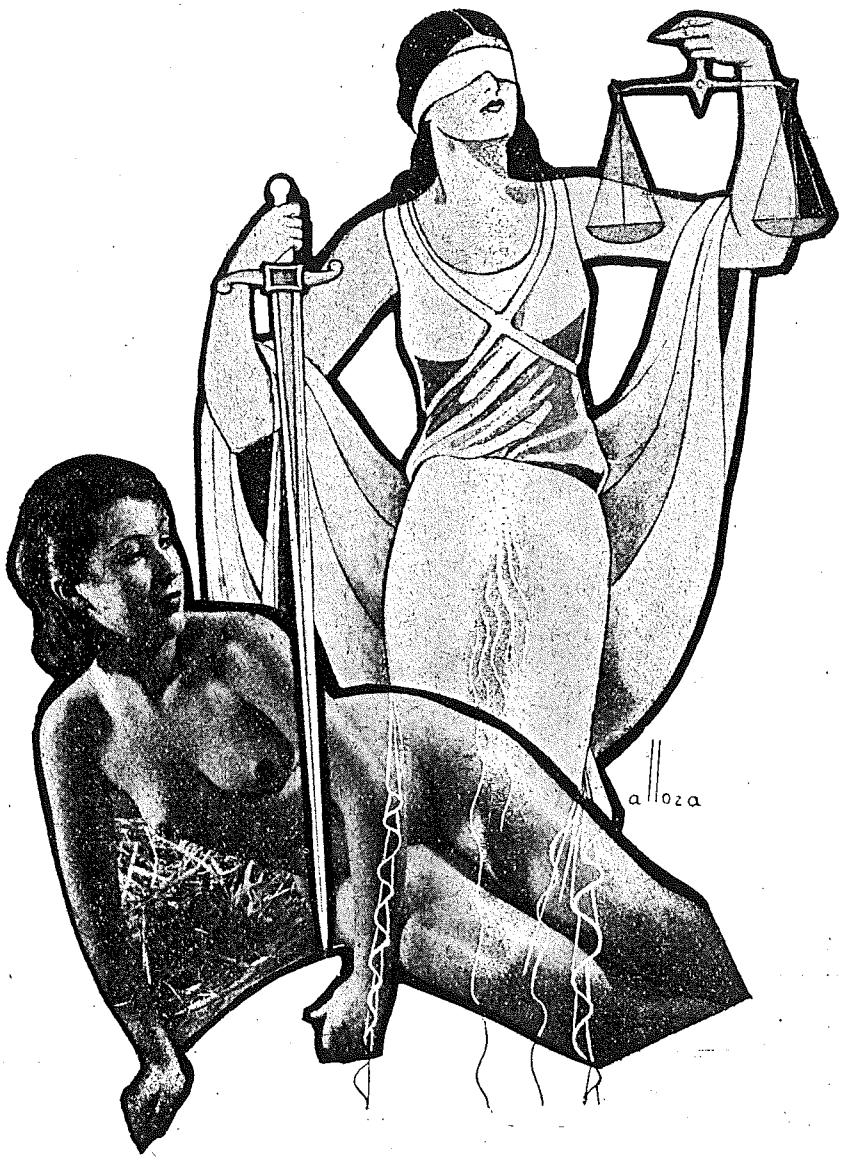
Y la esposa incapaz de satisfacer sexualmente a su marido, tiene derecho y le ampara la ley para demandar el divorcio, bastándose para conseguirlo declarar que ella no ha consentido el adulterio de su esposo.

Realmente ella no lo ha consentido, pero con su incapacidad amorosa, con su frigidez o con su inferioridad física, ha sido la culpable moral.

Y nuestros jueces no vacilarán en declarar divorciados a estos cónyuges y considerar culpable al marido. Lo cual, por muy legal que sea, es inhumano y mucho más en el caso de que este matrimonio tenga hijos.

Es agravar con un problema más lo que en el fondo es una conducta natural por parte del marido.

Porque este hombre no hacía más que seguir los impulsos dictados por el instinto de conservación de la especie, dictados mucho más sabios y profundos que los defendidos por leguleyos erigidos en mentores de una moral mezquina. En estos casos, antes que llevarlos al terreno jurídico, se impone la intervención del médico psicoanalista para investigar los motivos que los han producido y tratar de resolverlos por métodos científicos, ya que la mayoría de estas desavenencias tienen origen en desequilibrios psicofisiológicos temporales, desequilibrios que se atenúan o se curan sometidos a un tratamiento adecuado. En definitiva; la promulgación de la ley del divorcio representó un gran avance para España como país civilizado, pero dado el espíritu mezquino de nuestros jueces, por la vieja moral que les inspira, dicho avance no tiene eficacia en el terreno de las realidades.



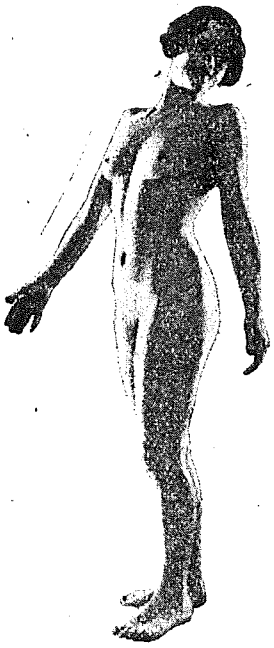
Se impone la intervención del médico, del especialista, del sexólogo, no como consejero y orientador de la justicia sino como autoridad en todos los casos de divorcio derivados de causas sexuales.

Entretanto, si los jueces sólo se atienen a la letra de la ley sólo cometerán atropellos. Eso sí: atropellos en nombre de la ley.

J. ALLOZA

Mirando al cielo

Las estrellas, yo y las ranas



Hay momentos en que siento la necesidad imperiosa de fugarme de esta charca inmensa y —proa al cénit florecido de estrellas— remontarme a donde no me alcance la baba de los sapos ni me importune el croar de las ranas. ¡Tan hostil se hace a veces esta charca, señorío y regalía de batracios, cuya autolatría les ha llevado nada menos, que a adjudicarse el primer lugar de la escala zoológica!... ¡Fatuos!

En esos momentos acostumbro a encerrarme en lo que yo he dado en llamar "mi amado rincón" y a acercarme a la ventana, esta ventana mía, que para mí es un balcón abierto al Universo, por donde me asomo a los espacios infinitos, a la inmensidad de los cielos, para dialogar con las estrellas.

Pero antes de volar, hay que sacudir el barro de las alas. Yo acostumbro a saturar de belleza mi espíritu, leyendo un buen rato. Y esta noche he estado saboreando "Egoísmo y Altruísmo", del doctor Antich, unas páginas hermosas que yo he leído ya por tercera o cuarta vez. Siempre encuentro en ellas algo nuevo, algo que pasó inadvertido a mi voracidad de glotón de páginas. Y es que hay libros —y este es uno de ellos— de belleza inagotable; libros que no envejecen, que después de haberlos leído una infinidad de veces, parecen siempre nuevos. Como si renovasen sus hechizos exprofeso para encadenar al lector. Son como aquellas mujeres, duchas en amor, en cuyos brazos el amante encuentra cada noche la sorpresa inefable de una caricia inédita.

Cierro el libro y antes de acostarme me acerco a la ventana. Me asomo al Universo y me siento aupado por impulsos misteriosos, que me recuerdan aquellos versos de Machado:

¡Qué fácil es volar, qué fácil es!
Todo consiste en no dejar que el suelo
Se acerque demasiado a nuestros pies.

Cara las estrellas, las depositarias de mis confidencias. Ellas me reciben con un tumulto de caricias albas, que me besan en la frente, en los ojos sedientos de horizontes y en los labios trémulos por la jaculatoria del salmista: "Cuán admirabilia sunt tabernacula tua." Yo las hablo y ellas me dicen:

—¡Ah, si los hombres se acostumbrasen a levantar de vez en cuando sus ojos hacia nosotras, serían más buenos! Pero se obstinan en lo contrario, atraídos por no sé qué clase de tesoros ocultos, que los mantiene perpetuamente encorvados hacia la tierra! ¡Como si aquí no hubiese cosas mejores! Aquí arriba hay luz, belleza, atracción de fuerzas, síntesis de armonías, ritmos de eternidad, en una palabra, cuanto puede ennoblecer a los hombres, bestializados por la ambición.

Una estrella solitaria, que lejos de las aglomeraciones siderales de la Vía Láctea tiene la belleza, suave, humilde de una luciérnaga de albo cristal en la negrura del yerbal sumido en sombras, me dice:

—La Lógica, que es justicia en acción, es la Ley que establece, regula y equilibra los principios "jurídicos" en que descansa esta gran confederación astral. Aquí arriba todo es lógico. La Lógica es el módulo de nuestra existencia. Ella fija el radio de acción a cada unidad estelar. Nuestras órbitas son el resultado de una ecuación matemática. Y nuestra libertad es la resultante de todas esas ecuaciones, interdependientes entre sí que, partiendo de la unidad a la cantidad, de lo simple a lo compuesto, de la parte al todo, ha establecido la libertad de todas nosotras, fundamentándola en la autonomía de cada una. Y como la libertad de cada una de nosotras interdepende de la libertad de las demás, nuestra armonía "social" es perenne. Nadie aquí tratará de usurpar la libertad de su vecino. Nada más que lo intentase, la catástrofe sería fulminante: se rompería este maravilloso concierto y sobrevendría un caos tan espantoso, como ese en que os obstináis en vivir en la Tierra... Todo vuestro malestar social; esas guerras fraticidas que, a través de los siglos, se perpetúan de generación en generación; ese pugilato feroz, de todas las violencias, que ha producido el caos, en que vivís, tienen un origen común en el primer atentado al Derecho natural, perpetrado por aquellos hombres insensatos, que creyéndose superiores a sus semejantes, parcelaron vuestro planeta, lo acotaron y, dirigiéndose a las multitudes las conminaron: "¡Esto es nuestro; respetadlo!"... De

entonces datan todas vuestras desdichas. Creada la propiedad, fué preciso dotarla de órganos defensivos, que la amparasen de las agresiones de las muchedumbres desposeídas. Y aquellos malvados inventaron la Ley y la Religión; la Ley de los hombres, que confina en una mazmorra al rebelde y la Ley de Dios, que lo sepulta *in eternum* en los entrañas del averno, como a Satanás...

—¡Satanás es todo un hombre, amiga mía! —le interrumpe una estrella de acentuado color rojizo, que contrariamente a la anterior, gusta de las grandes aglomeraciones estelares.

—¡Satanás! ¡Qué más quisieran esos fariseos que parecerse en algo al Príncipe, no de las Tinieblas, como dicen en Estropajosa, sino de la Luz!... En la leyenda judaica hay solamente una figura de acusados perfiles vigorosos: Luzbel. Todas las demás son de una pequeñez y vulgaridad superlativamente incoloras. Cristo es un mito ambiguo, una conciencia sin sexo, una idea híbrida que elabora un sistema ético, al que sólo pueden adaptarse los estériles y los pusilánimes, los esclavos y los eunucos. Por eso la religión cristiana alcanza su máximo esplendor en aquellas épocas de multitudes gregarias, anónimas, caóticas, desequilibradas, enfermas, supersticiosas y serviles. En cambio, Satanás, es un mito macho, sin términos medios, una conciencia libre, celosa de su independencia personal, cuyas arrogancias y gallardías, trazan aquellas normas de conducta, que sólo pueden seguir las individualidades fuertes, las rebeldes, las fecundas, las libres. Estas individualidades no abundan. Son *tanquam rari nantes in gurgite vasto*. Pero es que Satanás no ha podido hacer una obra extensa de proselitismo porque la ñoñez ambiental que ha propiciado siempre la calumnia, arma dialecta y favorita del casuísmo clerical, se lo ha impedido. El jesuitismo de toga y sotana ha fallado que Satanás es un réprobo, y la piara inmunda se ha pronunciado contra él, confinándolo en el Infierno... Pero Satanás se ha vengado, sin proponérselo, de los cerdos de Panurgo, hasta el extremo de que, a pesar de las feísimas cosas que se le atribuyen, resulta hoy una persona decentísima...

La estrella solitaria interviene, diciéndome:

—Sé como El. Relampaguea tus rebeldías. Irradia tu propia luz. ¿Ambicionas aureolas? En tu corazón hallarás en abundancia los preciosos metales con que fundir diademas para tus sienes. No busques, pues, en otro lo que puedes hallar en ti. No imites; emula, supera: *non vis idem*. Los hombres grandes se destacaron porque superaron... Claro que sus rebeldías provocaron tempestades de cólera en la charca, que trató de ahogarlos con su cieno. Los batracios son implacables; no perdonan las audacias del "excéntrico", que ose alterar el monorritmo de su rutina; tratan de aniquilarlo, arrojando contra él, escupiéndole, la ponzoña de sus babas, de sus bilis, de sus excrementos. Pero no te asustes; que en tu corazón habrá siempre una gota de miel con que neutralizar esa ponzoña.

Estas palabras produjeron en la charca un escándalo indescriptible. Los batracios intensificaron su croar monótono de una manera desesperante. Retiré entonces los ojos del cielo y miré a la tierra. Vi a un sapo enormemente repugnante y enormemente grotesco por su ferocidad de impotente, que escupía en vano a las estrellas. Y digo en vano porque las estrellas, a despecho del ultraje, seguían brillando en la profunda serenidad de los cielos. No se inmutaron siquiera. Antes al contrario: el sapo las escupía y ellas le besaban los ojos con caricias de luz.

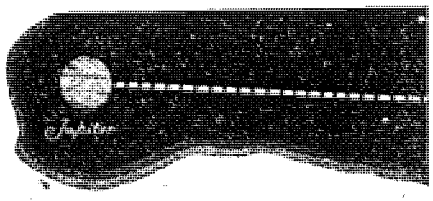
Hermosa lección esta que me dan las estrellas. No la olvidaré nunca. Y cuando los batracios de la charca me acosen con sus babas pestilentes, levantaré el corazón a las alturas. Y me vengaré de ellos igual que las estrellas: inundándoles de luz los ojos coléricos, cegados por el furor de la impotencia, que es el furor más rabioso, más bilioso, de todos los furores.

FARIÑAS

Contra el clericalismo, que te amordaza
Contra los políticos farsantes, que te devoran
Contra los salteadores del presupuesto, que te estrujan
Contra los laicos que no saben hacer nada sin la iglesia
Contra todos los que te amargan la existencia

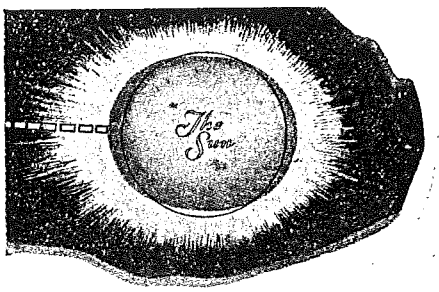
Suscribete y propaga

B I O F I L I A



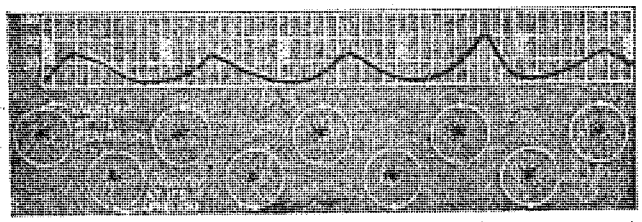
LA VIDA INQUIETA DE LA CIENCIA

(Revista de las revistas científicas del mundo)



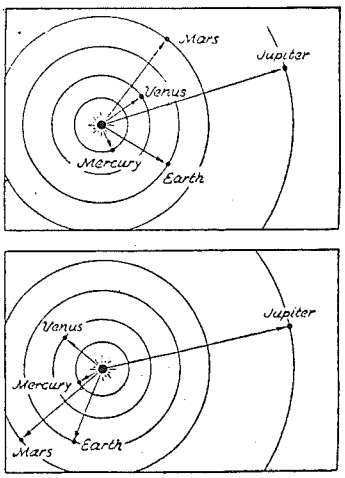
EL PLANETA JUPITER ES EL FOGONERO DE NUESTRO SISTEMA

Recientemente ha inventado el doctor Abbott un aparato llamado pirohelióметro que permite medir en cada momento la cantidad de calor que nos envía el sol con un error menor de un tres por ciento.



Pirohelióметro

Con dicho aparato se ha podido comprobar que el calor que el sol irradia es proporcional al número de manchas que aparecen en su superficie. Dichas manchas son enormes torbellinos en la atmósfera incandescente que rodea al sol y que dejan al descubierto la parte interior que está más caliente, explicándose así la proporcionalidad entre el número de manchas y el calor irradiado.



Pero lo que no tiene explicación tan fácil es el que tanto el número de manchas como el calor irradiado varíen de una manera periódica con un ritmo de unos once años, ritmo al que obedece también, naturalmente, la temperatura media de nuestra planeta.

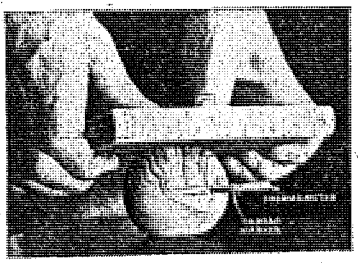
Recientemente, Mr. Edward Gofrey, ingeniero y astrónomo, ha emitido una hipótesis que explica al mismo tiempo dicho cambio periódico de temperatura y el proceso de la producción inagotable del calor solar, y, según dicha hipótesis, es Júpiter quien interviene en el asunto.

Es sabido que los cuerpos celestes se atraen con una fuerza de gravitación que es directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de su distancia. El sol tira de todos los planetas y todos tiran a su vez del sol, resultando, de esos esfuerzos y de la velocidad adquirida, el maravilloso equilibrio del conjunto y la marcha de los planetas en sus órbitas.

Pero el planeta que por su masa y su distancia ejerce un efecto más acentuado en este juego de fuerzas es precisamente Júpiter. El esfuerzo de atracción que tiende a aproximar a Júpiter y el Sol es tan enorme, que según dicho sabio, para ser resistido, sería necesario un cable de acero de un diámetro de 40.000 millas, o sea de 74.000 kilómetros, más de once veces el diámetro de la Tierra.

Ahora bien, así como la Luna, por su relativa proximidad a la Tierra, ocasiona las mareas en las aguas de nuestros mares, así mismo esa fuerza tan portentosa, debe ocasionar en la masa líquida y gaseosa del Sol enormes mareas que lo deformen de manera parecida a la indicada en la figura.

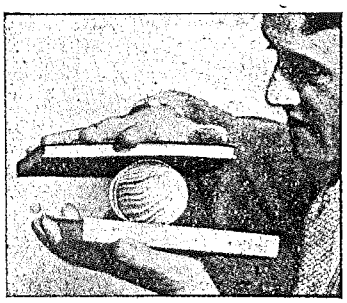
Pero el Sol gira alrededor de su eje dando una vuelta completa cada veintiséis días, de donde esa marea de substancias líquidas e incandescentes, que siempre ha de estar mirando al planeta Júpiter, ha de girar en el mismo Sol como una ola gigantesca con la enorme velocidad correspondiente a dicha rotación, originando rozamientos interiores que dan nacimiento de una manera continua a enorme cantidad de calor.



Si se hace rodar sobre la mesa comprimiéndola con un libro a la esfera de esponja, como gira el Sol alrededor de su eje, el termómetro demuestra la producción del calor

Para demostrar experimentalmente la producción de dicho calor, puede ser empleada una esponja es-

férica de caucho que, comprimida entre dos libros, afectará la forma que la atracción de Júpiter determina en el Sol. Si en dicha esponja hacemos un agujero que llegue hasta el centro e introducimos en él un termómetro, oprimida la esponja entre una mesa y un libro, si la hacemos rodar, como gira el Sol alrededor de su eje, pronto, a los dos a tres minutos, veremos cómo el rozamiento interior de unas moléculas con otras, ocasiona un desprendimiento de calor que acusa el termómetro elevando su temperatura unos diez grados.



Oprimiendo entre dos libros una esponja esférica de goma afecta la forma que le ocasiona al Sol la atracción de Júpiter

Explicado así cómo el Sol está continuamente irradiando calor sin enfriarse, porque lo produce de una manera continua, veamos de dónde puede provenir la variación periódica de dicho calor con un ritmo de once años.

Júpiter se mueve alrededor del Sol siguiendo una elipse. Su distancia es, en promedio, de 483 millones de millas, pero cuando se encuentra más cerca, en el perihuelio, dicha distancia se reduce a 460 millones y cuando está más lejos, en afelio, llega a valer 506 millones. La diferencia es de 46 millones y la atracción varía proporcionalmente al cuadrado de dicha circunferencia, que es una cantidad respetable. Naturalmente, al variar la fuerza, varía la intensidad de la marea, el rozamiento y la producción de calor, siendo ésta máxima en los perihelios y mínima en los afelios, dando la coincidencia de que dichos pasos de Júpiter por su perihelio se verifican cada once años y que con ellos coinciden los máximos de calor irradiado y de número de manchas, como lo ilustra la figura.

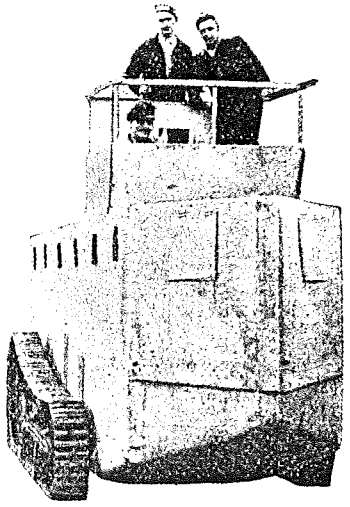
En ella se ve que no hay una regularidad absoluta. En 1917, por ejemplo, el número de manchas fué mayor de cien, mientras que, en los demás perihelios, 1882, 1893, 1905 y 1928, dicho número **osciló entre 60 y 70.** Pero hay que tener en cuenta que intervienen otros factores distintos que se suman o se restan a la acción de Júpiter, como es la atracción de los otros planetas, como puede verse en las otras dos figuras siguientes.

Este ritmo calorífero, que oscila entre los once y los doce años, parece que está relacionado también con otro ritmo de la Historia, verificándose generalmente las grandes catástrofes también con esa alternativa y, generalmente, en los años de menor intensidad solar. Así, por ejemplo, aquí en España, han acaecido en tales períodos la sublevación cantonal, en 1874; cólera, en 1885; guerra en Cuba, en 1897; en 1909, el Barranco del Lobo y la semana trágica; en 1921, Annual...

La vida tiene profundos misterios sobre los cuales la Ciencia va deramando poco a poco la luz.

UN TANQUE ANFIBIO PARA EXPLORAR LAS SELVAS SUD AMERICANAS

En la ciudad de Mineola, del Estado de Nueva York, de los Estados Unidos de América, ha sido construído un tanque anfibio con todas las apariencias de un carro blindado de guerra, pero con la misión más pacifista de conducir a tres exploradores a través de la selva virgen del sur de América en busca de aventuras y de investigaciones, libres del peligro de las fieras.



Está construído con planchas de acero inoxidable y dispuesto para flotar sobre las aguas, provisto, para dicho caso, de un propulsor helizoidal Adem.ás, para poder marchar sobre el terreno, más o menos accidentado, se encuentra provisto de unos tractores de cadena sin fin. En los costados lleva numerosas aspilleras desde las que se puede disparar armas de fuego y obtener vistas fotográficas.

Es una notable aplicación de la técnica moderna a la loable misión de perfeccionar nuestro conocimiento del mundo que habitamos integrando su vida.

Nuestro suplemento

PARA dar paso a nuevas ideas que habrán de sorprender agradablemente a nuestros lectores, damos hoy, de una vez y en una sola lámina, el resto de

EL CANTAR DE LOS CANTARES

el bello poema bíblico que fragmentariamente ha llegado hasta nosotros.

En el próximo número iniciaremos nuestros formidables

SUPLEMENTOS ARTISTICOS

y cada uno de ellos constituirá un elemento decorativo de inapreciable valor.

IMPRENTA LAYETANA.—Bou de San Pedro, 9.—Barcelona.

LA NOVELA BIOFILA

Obras publicadas:

NUMERO 1 — DIOS PECADOR
DE LAURA BRUNET

NUMERO 2 — OBITO
DE A. MARTINEZ RIZO

NUMERO 3 — LOTH Y SUS HIJAS
DE LAURA BRUNET

Con el presente número se
pone a la venta el n.º 4 de

LA NOVELA BIOFILA

impresionante narración de

J. GARCIA PRADAS

titulada

Tributo de sangre

Precio: 50 céntimos

Leed y propagad

LA NOVELA BIOFILA

IMPRENTA LAYETANA.—Bou de San Pedro, 9.—Barcelona.